ZOE SCOTLAND



Perdida en El Tiempo

Perdida en LAS HIGHLANDS

Las Smith

ZOE SCOTLAND

Derechos de autor © 2025 FEBRERO ZOE SCOTLAND

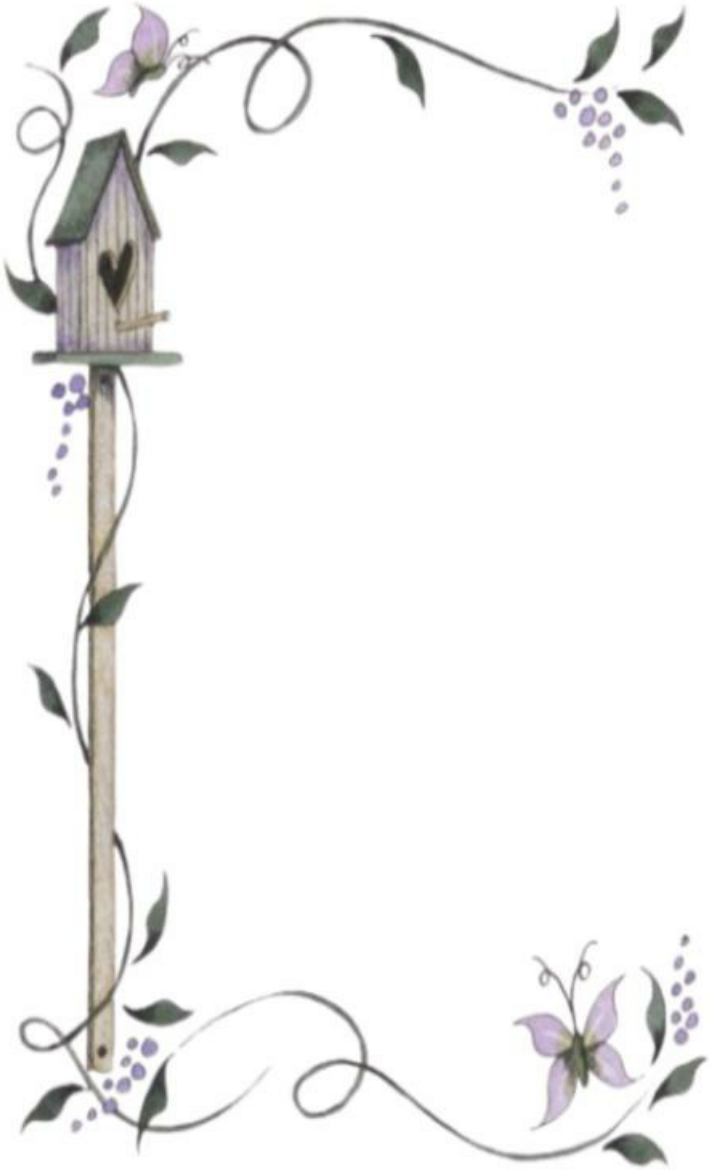
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América



Perdida
en el
TIEMPO

PRÓLOGO

En algún lugar del mundo, entre el pasado y su presente…

A Harriet le dolía la cabeza. No solo era un simple dolor de cabeza, pues le dolía mucho la cabeza, más de lo que nunca le había dolido.

Pero, no era lo único que le dolía, porque también se quejaba de dolor en el interior de su pecho. Concretamente en su corazón, aunque aquel no era un dolor físico, ese dolor era intenso, como cuando a alguien lo separan de a quién ama. Solo que ella todavía no había experimentado ese sentimiento, era joven, muy joven para ello.

Miró a todas partes al abrir ligeramente los ojos después de aterrizar literalmente sobre aquel trozo de paja en ese establo donde se encontraba.

¿Todavía estaba en Los Ángeles? Probablemente no.

¿Estaba su hermano Harden con ella? No lo veía a su lado.

¿Estaban juntos en esa época donde fuera que ella había aparecido? Debía averiguarlo.

De pronto, escuchó el sonido ensordecedor de un cañón al ser disparado. No es que hubiese escuchado alguno antes, pero, era eso, o una maldita bomba. Y Harriet sabía casi con certeza que ella había viajado al pasado.

Se palpó el resto de su cuerpo. Aún permanecía sobre el suelo sobre ese montón de paja. Parecía que estaba sola en el lugar.

Se levantó con algo de torpeza apoyando sus manos sobre una pared, y caminó hasta donde se colaba la luz para llegar al exterior.

Llegó a la puerta, y allí frente a ella se mostró la primera señal de que no estaba en Los Ángeles.

CAPÍTULO 1

Dos días antes

—Ya estoy recuperada, y si tú vas, yo también iré —le dijo Harriet a su hermano con furia.

La rabia que despertaba en ella esa conversación solo era el fruto de todas las negaciones a las que tenía que hacer frente por parte de Harden cada vez que ella le decía de acompañarle.

—No insistas, es peligroso. ¿Qué ocurrirá la próxima vez?

—No habrá próxima vez, ahora sé a lo que me enfrento. No me quedaré aquí sola, ¿me oyes? —gritaba Harriet.

—Harriet, no seas estúpida.

—Tú ya lo eres por los dos. Iré contigo, allí está mi familia.

Harden la miró. Sabía que tenía toda la razón del mundo. Él tampoco quería que su hermana se quedase sola, pero por el mismo motivo tenía que intentar ponerla a salvo, y estaba claro que en cuanto a peligros, hablar del siglo XVI en Escocia era arriesgado.

Harriet revolvió los cajones de la cómoda buscando con desesperación. Mientras que Harden apoyado sobre el marco de la puerta de su habitación golpeaba insistentemente el suelo con una de sus botas.

—¿Buscas algo? —le preguntó a su hermana.

—Lo sabes.

—¿Quizá esto? —Levantó su reloj con una mano, y el collar de su madre con la otra.

—¿No pensarás irte con ambos? —Harriet lo miró asustada.

—Sí, lo haré, y tú conmigo —le dijo dibujando una sonrisa en sus labios.

Harriet corrió a sus brazos, y lo apretó fuerte por la cintura mientras Harden se moría por dentro al pensar en la estupidez que estaba a punto de cometer.

Aquella tarde viajaron a Inverness, esperaron junto a las rocas a que el reloj diera la hora exacta, y colgándose ella el collar, ambos cogidos de la mano, cerraron los ojos. Él deseando volver junto al amor de su vida, ese que había encontrado en el pasado. Y Harriet con otro deseo en su mente, el de ser feliz como lo eran todos sus hermanos. ¿El error? Que ninguno de ellos pensó en un lugar concreto, un año que los transportase junto a su familia…

CAPÍTULO 2

Junio de 1780

Aquel dolor que Harriet sentía en la cabeza le decía que al menos no estaba muerta, y después de recorrer todo su cuerpo con las manos, descubrió que tampoco tenía ninguna herida.

No estaba segura donde se encontraba, aunque casi con certeza diría que en Escocia no.

Salió del establo y caminó bajo la neblina de polvo que había en el lugar. Escuchaba disparos a cada poco, y también algún cañonazo más. Mientras más se alejaba del establo, más se acercaba al interior de una casa grande, con aspecto señorial, de otra época que no era a la que ella pertenecía, pero eso no le extrañaba nada en absoluto, pues estaba claro que había viajado en el tiempo, ¿pero a qué tiempo? Porque allí no veía castillos ni esos paisajes verdes escoceses.

Comenzó a gritar el nombre de Harden, eso era lo único que necesitaba por el momento, saber dónde estaba su hermano. Pero después de llamarlo, guardó silencio para intentar escuchar si alguien respondía, aunque claramente era complicado oír nada con todos esos disparos martilleando su cabeza a cada poco.

Consiguió llegar a la casa. Y tras entrar, cerró la puerta dejando su cuerpo apoyado contra la puerta. Miró a ambos lados, asegurándose que nadie allí habitaba, pues el escenario era la imagen de la propia guerra. Ventanas rotas, cristales por el suelo, mobiliario destrozado… Todo apuntaba a que aquel lugar había sido saqueado.

Dejó caer el peso de su cuerpo sobre el suelo, y se echó las manos a la cara. A pesar de negarse a llorar, las lágrimas se agolparon en sus ojos empañando la visión tanto que finalmente las dejó salir. Se maldijo durante mucho rato por acabar en ese lugar, pues en cierta manera, ella sabía que los deseos más intensos la habían hecho viajar hasta ese sitio, y aunque aún no conocía exactamente donde se encontraba, sospechaba que los nobles británicos tenían algo que ver allí.

De pronto, escuchó algo. No estaba sola, aunque esa voz no parecía reconocerla. Alguien gemía, alguien gemía de dolor.

Se levantó del suelo y corrió escaleras arriba a descubrir quién se encontraba en apuros. Y antes de atravesar la puerta que la separaba de aquellos gritos insistentes de dolor, pudo ver sobre el suelo el reloj de su hermano. Harden estaba allí, solo tenía que encontrarlo.

El dolor le atravesaba la pierna, sentía como millones de agujas se clavaban en sus huesos, era como si las garras de un animal intentasen descuartizarle por dentro, era tan doloroso que no se creía capaz de soportarlo por más tiempo. Así es que, estiró su brazo lentamente hasta llegar con la punta de los dedos de la mano a la mesita de noche que se encontraba junto a la cama. Allí era donde el doctor había colocado el arma, aquel arma que pensó que podría hacerle falta si los dolores no cesaban durante la noche.

Trató de alcanzarla, pero solo tocaba el frío hierro con la yema de dos de sus dedos, eso era insuficiente, así que movió su cuerpo un par de centímetros. Los que le hicieron rabiar de dolor, gemir, gritar, blasfemar por la mala suerte de estar vivo.

No podía tan siquiera abrir los ojos, las fuerzas iban todas destinadas a soportar ese dolor maldito que seguía con él, a cada segundo que respiraba. Había incluso intentado cortar la circulación de su pierna apretando fuerte sobre su ingle, pero cada vez que soltaba el agarre cuando las fuerzas flaqueaban, el dolor se volvía más cruel todavía.

El sonido de la puerta le hizo aguantar la respiración. Él creía que se encontraba solo, pero la visita se la tomó de la mejor de las maneras, pues la esperanza de que uno de los bandidos que días antes habían saqueado su hogar hubiese vuelto a matarle, le entregó ese soplo de esperanza por el que se decidió a abrir sus ojos.

Los abrió, y lo que se mostró ante él fue tan confuso como divino.

Tenía ante él el rostro más bello que un hombre como Philip Francis pudiese imaginar algún día, y rápidamente pensó en la broma tan macabra que el demonio le gastaba disfrazando al bandido para hacerle ver que una mujer preciosa le iba a quitar la vida.

—Acaba ya con mi tortura —dijo con la voz ronca.

—¡Por Dios! Está usted herido de gravedad. Iré a buscar un médico, aguante —escuchó también la voz más dulce que sus oídos nunca le habían mostrado.

—Ya no queda nadie, todos fueron apresados.

—¿Qué le ha pasado?

—Deje las preguntas y acérqueme el rifle —le dijo con tono severo.

—No le daré un arma para que me dispare —respondió ella.

—No sea estúpida. Es a mí a quien deseo disparar —consiguió responderle con la voz cada vez más queda.

—¿Pretende suicidarse delante de una mujer?

—Tiene razón, deme el arma y salga de aquí.

—No sé mucho de heridas, pero creo que puedo intentar curar cualquier herida que tenga.

—Es mi pierna, y si un doctor no pudo, qué le hace pensar que usted, una joven mujer podrá.

Harriet se enfadó al escuchar ese tipo de comentarios que solo un hombre podría hacer. De igual manera insistió en ayudarle.

—Lo intentaré, déjeme ver esa pierna antes de pensar en quitarse la vida.

—¿Aún no se ha dado cuenta que la fe aquí no sirve? Ni su religión, ni el mismo Dios me salvará de una muerte agoniosa, así que hágame el favor de acercarme ese arma y váyase de aquí.

—Veamos —dijo Harriet acercándose hasta el hombre postrado en el lecho y descubriendo la pierna que tapaban las mantas.

—No me toque, señorita.

—Debe de tener fiebre, y por lo poco que deja ver el vendaje, su herida está infectada. A saber cuántos días lleva sin cambiar esas vendas —dijo ella mirando por la alcoba buscando material.

—No recuerdo cuando fue que el doctor estuvo aquí, se marchó diciendo que regresaría, pero es posible que lo hayan apresado.

—¿Quién? —preguntó Harriet mientras retiraba el vendaje de su pierna.

No tenía la menor idea de lo que había pasado en esa casa, pero mantenerle entretenido mientras ella lo limpiaba era la única distracción que podía intentar.

Un dolor punzante le atravesó todo el cuerpo desde la coronilla hasta la planta de los pies.

—Juro que si vuelve a hacerlo la mataré con mis propias manos —dijo él removiéndose en la cama por el dolor que sentía.

—Pues me temo que va a volver a sentirlo, señor… No me ha dicho aún su nombre… —Esperó a que respondiese unos segundos.

—Philip —dijo secamente.

—Todavía tiene casquillos de bala dentro de su carne. Y eso no debería de estar ahí. ¿Está usted seguro que era un médico quien le visitó?

Harriet no tenía demasiado conocimiento sobre la medicina en humanos. Casi todo lo que sabía era sobre veterinaria, y ninguna herida de bala había visto hasta ese momento. Pero una cosa tenía clara, y era que si quería que ese hombre se curase, había que limpiar todo bien.

Después de que Harriet volviese a retirar otro de los casquillos alojados en la pierna de Philip, este emitió un ruido que después se volvió en gruñido.

Había conseguido eliminar de su pierna todo rastro de bala, pero como consecuencia, la sangre comenzaba a brotar como si se tratase de un río acaudalado que fluye sin barreras.

Philip pasó de gruñir por dolor, a perder la consciencia, quizá en parte por toda esa sangre que salía de su cuerpo sin control.

CAPÍTULO 3

Junio de 1780

Tres días con sudores fríos, movimientos involuntarios de sus manos, y gemidos que a Harriet se le habían clavado en lo más profundo de su cabeza torturándola sin descanso.

Fue contener toda esa sangre que salía de su pierna, y comenzar la fiebre descontrolada. Había buscado por cada rincón de esa casa algún tipo de medicamento para poder combatir el dolor, la fiebre, o incluso para ayudar a relajarle, pero ni rastro de algo que pudiese ayudarle. Así que se resignó a coger su mano, secar su frente, cambiar sus ropas mojadas por el sudor, y limpiar esa herida que era la causante de su tormento a diario.

Harriet apenas había conseguido dormir un poco apoyando su cabeza sobre la cama del hombre, cuando el sonido de un caballo galopando la alertó.

Pensó en esconderse, pero las fuerzas flaqueaban, y optó por quedarse junto a la cama esperando a quien fuera que estaba a punto de hacer aparición en la casa.

Las escaleras crujían y Harriet no apartaba la mirada de la puerta de la alcoba esperando descubrir la visita. Fuese quien fuera, quien estaba a punto de entrar en la habitación, sabía bien a donde se dirigía, pues sus pasos eran decididos.

La puerta se entreabrió despacio, y la figura de un hombre mucho mayor que Philip apareció por el umbral.

Su rostro reflejaba sorpresa, y al verla allí frunció sus cejas e incluso dio un paso hacia atrás.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—¿Es usted el médico que atendió a Philip? —dijo cruzándose de brazos y reflejando así su disconformidad en sus actos.

—No pensé… —El doctor no terminó la frase.

—No pensó que sobreviviría, ¿verdad? Es usted malvado, nadie dejaría esos casquillos de bala dentro de una pierna a no ser que lo diese por perdido.

—Usted no lo entiende. Estaba muy mal, lo mal que uno está antes de morir.

—¿Y por eso dejó el arma cerca, para que él mismo se quitase la vida? —dijo furiosa.

Harriet al ver que aquel hombre no se defendía, creyó que estaba diciendo la verdad. Él pensó que iba a morir.

Se acercó hasta la puerta y le quitó el maletín que llevaba en su mano.

—Si me permite… —le dijo cogiéndolo y depositándolo sobre una gran cómoda del dormitorio para después abrirlo.

Al abrir vio que nada de lo que allí había era un antibiótico, analgésico, o similar. Esos medicamentos a los que ella estaba acostumbrada.

—¿Qué busca? —preguntó el doctor acercándose.

—¿En qué año estamos?

—Mil setecientos ochenta, jamás se me olvidará esta fecha, y a usted tampoco debería, señorita. Lo que ha ocurrido aquí no debe de olvidarlo nadie.

Harriet se quedó petrificada al escuchar el año en el que se encontraba. Eso quería decir que no estaba en el mismo siglo que sus hermanas, y aunque todo apuntaba a que su hermano Harden había acabado en esa época, no estaba junto a ella.

—¿Penicilina?

—¿Cómo dice? —preguntó el doctor.

—Nada, seguramente Alexander Fleming todavía no haya nacido —dijo recordando que no era de esa época.

—Traje azufre, también tengo opio.

—Lleva inconsciente varios días —dijo Harriet.

—Hay que intentar que tome algo caliente, después le administraré el opio. Ayudará con el dolor, de esa forma tendrá más fuerzas.

Harriet acercó una taza de caldo que había preparado para ella segundos antes. Se la acercó a la boca con la ayuda del doctor, pero no eran capaces de que diera ni tan siquiera un sorbo. Estaba dormido profundamente.

—Puede que nunca despierte —dijo el doctor.

—Si por usted fuera, estaría muerto, recuerde que le dejó un arma en la mesita para que él mismo terminara con su vida.

—Su marido me lo pidió antes de que me marchase.

¿Mi marido? En qué cabeza cabía que ese hombre que estaba postrado en la cama fuese mi marido? Si me saca al menos diez años, pensó Harriet.

—Ayúdeme —dijo el médico destapando la pierna.

Entre los dos descubrieron la herida de Philip, la que para sorpresa del doctor, estaba realmente mejor a como él la había dejado días atrás.

Volvieron a limpiar con agua y jabón, después le echó por encima un buen chorro de alcohol, pues no tenía otra cosa, y por último volcó un buen montón de un polvo pesado sobre toda la herida.

Un gemido suave salió de la boca de Philip, y Harriet reaccionó con rapidez cogiendo su mano con ambas manos.

—Philip, ¿me escuchas? —preguntó Harriet—, si me escuchas, aprieta mi mano.

Al segundo la mano de Philip apretó suavemente los dedos de ella, y una gran sonrisa se le dibujó en la cara a la joven.

—Mejora, doctor, mejora.

—Puede estar orgullosa, señora Francis. Ha salvado a su esposo.

CAPÍTULO 4

Junio de 1780

Una semana había pasado ya desde que el doctor abandonase esa casa en la que Harriet había decidido entrar después de aparecer en aquella época.

Philip había abierto los ojos hacía tres días, pero la lucha que debió librar en su interior fue tan grande que nada anterior a aquella semana recordaba con claridad. Solo podía repetir en su cabeza la imagen de Harriet al abrir los ojos, la suavidad de sus manos cuando los cerraba ya cansado, y la voz de ella hablándole a cada poco para que tratara de reponerse.

Philip luchaba todo el tiempo que permanecía despierto por continuar respirando. Su único objetivo era saber quién era esa mujer tan perfecta que se encontraba cerca de él día tras día.

—Bebe un poco más, anda, si no lo haces no tendrás fuerzas suficientes para intentar levantarte.

‹‹¿Levantarse? Aquella mujer debía de estar loca. Todavía sentía como cientos de agujas se le clavaban en la pierna con cualquier movimiento leve que se le ocurría hacer, ¿cómo iba a ponerse en pie?, pensó Philip››.

—No puedo levantarme —le dijo haciendo sonar su voz por primera vez después de que las fiebres lo debilitaran.

—Esperaremos al doctor.

—Dime que día es hoy.

Harriet no tenía la menor idea de en qué día se encontraba, solo que era junio de mil setecientos ochenta, y con eso ya le bastaba.

Ella negó con la cabeza.

—Necesito saber qué ha ocurrido en Londres.

‹‹Londres››

—Lo que necesitas es descansar.

De pronto el doctor irrumpió en la habitación, y mirando a los ojos a Philip sonrió ampliamente.

—Mi buen amigo, me alegro de verte despierto.

—Gracias, doctor.

—No me las des a mí. Dáselas a ella, si no fuera por ella…

Philip miró a Harriet extrañado, pues no recordaba quien era, pero tampoco recordaba ninguna otra cosa importante.

Harriet escondió su rostro detrás del doctor y se puso a rebuscar en el maletín para cambiar los vendajes de nuevo.

—Hoy pondrás el pie en el suelo. No debes ejercer fuerza aún, pero sí que es aconsejable que lo bajes, y después vuelvas a tumbarte. La circulación debe activarse —dijo el doctor, mientras cortaba las vendas para limpiar la herida.

—Doctor, dígame qué sabe de lord George Gordon —preguntó Philip.

Al escuchar ese nombre la mano le tembló visiblemente al médico. Tanto fue así que

Harriet tuvo que retirarle las tijeras de la mano y continuar ella con la tarea.

—He oído que lo están buscando. Al parecer no fue su intención iniciar los disturbios en Londres —dijo nervioso.

—No vuelva a decir que no era su intención. Siempre ha mostrado interés por la política, y su carácter excéntrico y temperamental no son los mejores aliados para un político.

—Discúlpeme, yo solo me he hecho eco de lo que se escucha en las calles.

Harriet observaba al médico todavía nervioso, y guardó silencio a la espera de que se calmaran las aguas.

Entre ella y el doctor ayudaron a Philip a bajar la pierna de la cama, y colocó su pie sobre el suelo como se esperaba. Fue mejor de lo que nadie se había imaginado, y después de hacerlo un par de veces más, volvió a recostarse cansado debido al esfuerzo.

Antes de despedir al doctor, este se volvió y le preguntó a Philip:

—¿Qué es lo que recuerda? —pronunció a la vez que levantaba una de sus cejas dejando ver una pizca de desconfianza.

—Recuerdo que mi hogar fue saqueado, pero yo jamás estuve al lado de ese malnacido de Gordon. Recuerdo que alguien me disparó. Después… solo la recuerdo a ella —dijo Philip.

—Descanse —dijo tomando aire, y se marchó.

Harriet no sabía cómo preguntarle sobre lo ocurrido sin que Philip descubriera que ella no pertenecía a ese lugar, pero tenía que conocer todo lo que había pasado en ese tiempo en el que se encontraba.

—Philip, ¿qué ha ocurrido aquí? Cuando yo llegué me lo encontré todo revuelto.

Él se le quedó mirando confuso, pero pronto ella lo despistó.

—He pasado mucho tiempo con mi tía, fui a cuidarla, y al regresar me encontré con esto le dijo ella dándole a entender que era una persona cercana a él.

Harriet tenía que conocer todos los detalles, pues estaba segura de que a su hermano Harden se lo habían llevado quienes fueran los que habían intentado acabar con la vida de Philip.

—Todo fue cosa de George Gordon. Él comenzó los disturbios el día dos. Fue el artífice de convocar una manifestación masiva en el mismo Londres. Acudieron más de cincuenta mil personas al parlamento. Un verdadero despropósito. Todo parecía apuntar a que sería pacífica, después generó violencia. Las cárceles fueron asaltadas, Newgate Prisión ha sido incendiada dejando en libertad a cientos de prisioneros. Después los disturbios fueron extendiéndose por toda la ciudad, llegaron los saqueos —señaló las paredes de su casa—, incendios, enfrentamientos con las fuerzas del orden…

Harriet se llevó las manos a la boca. En lo único que podía pensar era en su hermano.

—Ahora el rey Jorge III ha declarado la ley marcial, y las tropas del ejército dispararán contra todo amotinado, esto será una pérdida masiva.

—George Gordon… —dijo en un susurro Harriet.

—Hace dos años ya se opuso a la Ley de Alivio, después fundó la Asociación Protestante, ese maldito grupo que siempre se oponía a todo lo que tuviese que ver con los derechos católicos —dijo Philip, y después añadió rápidamente—, pero tú eso ya lo sabes… ¿no?

Había estado cerca de cometer un error, pero Harriet lo arregló de forma veloz.

—Claro, algo había escuchado, lo que desconocía era lo sucedido en estos últimos días, como ya te he dicho me encontraba fuera de Londres.

Harriet se acercó hasta Philip y lo arropó.

La verdad es que estar junto a aquel hombre desconocido no le estaba resultando un gran esfuerzo. Philip era un hombre apuesto. Más que eso, era un hombre terriblemente atractivo.

Cuando Harriet se acercó hasta su cuerpo para taparlo, sintió una extraña sensación. Tanto que se retiró lo más rápido que pudo después de sentir ese escalofrío recorrer su cuerpo.

Philip la observó desconcertado mientras ella se alejaba, y con sus dos enormes ojos azules la miró, seguramente tratando de retener esa imagen en sus retinas para el resto de su vida.

CAPÍTULO 5

Junio de 1780

Cuando Harriet entró en la alcoba aquella fría mañana en la que el sol no se había dignado a aparecer, lo que vio fue casi increíble. Aunque su reacción quizá desmesurada, hizo que todo se torciese.

—¡Estás loco! —gritó.

Debido al grito Philip perdió el equilibrio, pues trataba de no poner nada de peso sobre su pierna herida, que aunque mucho más sana en ese día, todavía se encontraba débil.

Cayó al suelo después de golpearse con fuerza la cabeza con la madera de la mesita de noche. Un hilo de sangre chorreó por la frente de él, y Harriet corrió para limpiarle el rostro.

—No es nada, no te preocupes —dijo Philip al ver la cara que puso Harriet.

—Perdóname, es todo por mi culpa, no debí gritar. Me puse nerviosa al verte.

En ese momento Harriet se dio cuenta que tenerle tan cerca no era buena idea, pues su estómago danzaba por alguna extraña razón que no lograba entender.

Todo era un sin sentido para ella.

Y cada vez que comenzaba un nuevo día los sentimientos por ese hombre crecían de una forma incontrolable, solo al caer la noche, cuando Philip dormía, ella era incapaz de olvidar que Harden podía estar preso en cualquiera de las prisiones de Londres.

—Yo solo quería darte una sorpresa —dijo Philip.

—Me pareció ver un par de muletas abajo, imagino que alguien se marchó con demasiada prisa, pero creo que te vendrán bien —dijo Harriet.

—¿Muletas? —preguntó él, y después volvió a hacerle otra pregunta—. ¿Dónde dices que vivías?

—No lo he dicho, imaginé que recordabas que soy tu vecina… —Harriet dudó muy poco—, mi padre posee las tierras colindantes a las tuyas, Philip, ¿cómo has podido olvidar eso?

Harriet apostó por mentir a lo grande. Philip no dudó de su palabra. Él no recordaba todo.

—¿Y dónde dices que están esas muletas?

—Sí, en la misma puerta, justo detrás de ella.

—Y no tienes la menor de las ideas de quien se las ha podido dejar ahí…

Philip la miró extrañado. ¿Cómo era posible que hubiera dicho tan despreocupadamente que alguien salió con prisas y se las dejó. Conrad había sido herido en guerra años atrás, y después de regresar, jamás pudo separarse de ellas. Lo que le decía que lo más probable era que Conrad estuviese preso. Y lo que le decía también era que de ser su vecina eso debería de saberlo.

Harriet al mirar los gestos que hacía Philip intuyó que ella debería de saber de quien eran las muletas, así es que se disculpó y salió de la alcoba con la excusa de ir a por el desayuno.

Varias horas después el doctor regresó de nuevo al hogar. Y mientras Harriet seguía a aquel buen hombre que continuaba volviendo cada día para informarse del estado de Philip, el mismo Philip bajaba las escaleras que separaban los dos pisos de la mansión a la pata coja.

—Doctor, qué bien que haya vuelto. Tengo unas preguntas que hacerle. —Juntó las cejas con aire sospechoso.

—Usted dirá, pero si me va a preguntar si puede cabalgar, le diré rotundamente que no es buena idea.

—Más bien me gustaría saber qué es lo que le trajo hasta aquí la primera vez.

Harriet se volvió para mirar el rostro del doctor. Ella suponía durante todo este tiempo que había sido llamado por Philip, o por alguna persona del servicio.

—Escuché gritos. Ellos me guiaron hasta su casa —declaró.

Qué extraño, pensó Harriet. Pues el día que ella apareció en el lugar los bandidos se retiraban ya, pero los cañonazos, y los disparos todavía dejaban el ambiente enrarecido, y algo ruidoso, como para escuchar ningún tipo de voz. De hecho ella no escuchó nada hasta no estar en el interior de la casa.

—Ya, ya, imaginaba… ¿No quedaba nadie cuando usted llegó alertado por mis gritos de dolor? —preguntó con lentitud, como si eligiese las palabras que tenía que colocar en la frase.

—Nadie, señor. Se habían llevado a todos.

—¿Quién?

—¿Quién? —repitió el doctor.

—Ha dicho que se los llevaron a todos. ¿Quién se los llevó?

—Imagino que los vándalos que saquearon el hogar.

Philip empezaba a recordar casi todo. Bueno, todo menos cualquier cosa que tuviera que ver con Harriet, su supuesta vecina.

—¿Siempre va armado, doctor? —le preguntó.

Harriet todavía se encontraba allí, y no le estaba gustando nada el flujo de la conversación, pues no parecía que fuera en dirección a nada bueno.

—Jamás voy armado. —Pareció que se defendía.

—No era mía el arma que me dejó en la mesita aquella tarde antes de irse. —Aseguró Philip.

Harriet abrió mucho los ojos, entendiendo que el doctor escondía algo importante.

—No lo pague conmigo, lord Francis, solo soy un mandado.

—¿Cuál era la orden? —preguntó colocándose frente a él.

—Debía matarlo, pero no lo hice, tenga misericordia para conmigo —suplicó.

—De no ser por ella —miró a Harriet—, ahora mismo estaría muerto. Usted me dejó un arma para que yo mismo acabara con mi vida.

—Pero yo no le maté.

—Porque es usted un cobarde, pero yo no lo soy. Así es que, salga de mi casa antes de que pueda ir a por mi escopeta, o lamentará servir al lado equivocado.

El doctor salió de la casa como alma que llevaba el diablo.

Harriet se quedó frente a ese hombre unos minutos. Ambos estaban en silencio. Se miraban. Ella lo miraba como si fuera la primera vez que lo veía. Y aunque no era del todo así, sí era la primera vez que lo veía en pie.

Era un hombre guapo, eso ya lo sabía, pero ahora además era un hombre grande, fuerte, aunque quizá había perdido algo de peso después de estar postrado durante tantos días en esa cama.

Miró a sus ojos más de lo debido, y vio como Philip curvaba los labios dibujando una sonrisa amplia en su rostro.

—Debes de regresar a la cama. No deberías haber bajado tú solo —intentó que sonase a

regañina, pero estaba tan anonadada mirándolo que le resultaba casi imposible hacerlo.

—No pienso volver a esa alcoba. Me instalaré en el salón, aquí hay espacio suficiente, y no creo que vengan muchas visitas en estos días.

Harriet asintió, no podía decirle a ese hombre que no, ¿quién era ella para negarle nada? Se respondió de inmediato. Su vecina, era su vecina. Qué locura de invención. Ya puestos podía haberse inventado que era su esposa, como dijo el doctor, así al menos hubiera tenido una excusa para poder acercarse a él un poco más. De repente se dio cuenta de la locura de pensamiento que estaba teniendo, y negó con la cabeza y se enderezó.

—Creo que puedo afeitarte.

—¿Tú?

—Crees que vendrá el servicio, ¿acaso ves por aquí a algún ayudante de cámara? —consiguió decir recordando esa serie antigua que tanto le gustaba ver.

—Nunca tuve ayudante de cámara, deberías saberlo como buena vecina —dijo lleno de sarcasmo él.

Las mentiras tenían las patitas muy cortas solía decir su hermana Amanda, y seguro que la acabaría pillando más pronto que tarde.

—Está bien, puedes afeitarme después de darme un baño.

—¿Un baño?

—Estarás de acuerdo conmigo en que necesito un baño, ¡si hasta huelo mal!

Era cierto, olía a sudor, a azufre, a una mezcla de sangre y alcohol, pero ella jamás había visto a un hombre desnudo. Porque los de las películas no contaban en ese momento.

Tomó aire cargando sus pulmones y después de respirar le dijo que iría a preparar el baño. A punto estuvo de pronunciar eso de llenar la bañera.

Calentar el agua en aquella época era casi como picar piedra en una mina.

Venga a llenar cubos de agua para llenar una tina, que no tenía ni la menor idea de cómo narices había que vaciarla después.

Cuando estuvo suficientemente caliente el agua mezclada, fue en busca de Philip para ayudarle con aquel dichoso baño que tanto necesitaba.

—Ayudame a entrar, después puedes retirarte, yo mismo me quitaré la bata y me sentaré con cuidado.

Era casi imposible no caerse en esa tina, aun con los dos pies apoyados parecía resultar difícil. Así es que, se negó, y le pidió que la dejara ayudarle.

Estaba a punto de ver a aquel hombre completamente desnudo, y el corazón comenzó a dar claros signos de nerviosismo. Su pecho entero retumbaba por esos fuertes latidos de su corazón golpeando con fuerza.

—Me retiraré la bata una vez esté en el agua —dijo Philip.

Había algo en ella que le obligaba a tratarla como a una desconocida. ¿Cómo era posible que ya lo recordase todo o casi todo, y que no hubiera ni rastro de ella en su memoria?

Philip comenzó a introducirse en la tina, apoyando sus manos sobre los bordes de la madera, y cuando estuvo sentado al completo, gruñó al notar un terrible escozor en su pierna. La herida todavía estaba abierta, así es que el baño no debía de demorarse demasiado.

Harriet le ayudó a retirar la bata desde atrás, después cogió una especie de trapo y comenzó a frotar la espalda desnuda de aquel hombre tan grande.

—¿Por qué entraste a mi alcoba? ¿Quién te pidió que lo hicieras? —preguntó Philip.

—Mi hogar también fue saqueado —se inventó—, y corrí hasta aquí para pedir ayuda cuando regresé de mi viaje. Justo al poner un pie dentro de la casa escuché tus gritos.

—¿Sabes? Creo que empiezo a recordar. No mucho, aún hay momentos borrosos, pero sí estoy seguro de que hubo una discusión entre Gordon y yo, y ese debió de ser el motivo por el que saquearon mi hogar.

—Cuando te encuentres con fuerzas suficientes como para quedarte solo me marcharé —le dijo Harriet a Philip mientras derramaba agua por su fuerte espalda.

—¿Marcharte? —Philip se volvió para mirarla a la cara.

En ese momento, él la tenía tan cerca que quiso besarla, pero se frenó por tres motivos. Uno que todavía no la recordaba, no sabía si su vecina tenía una relación con algún hombre, y el otro motivo era casi tan importante como el primero, ¿qué edad podía tener ella? Parecía una niña. Y bueno, también estaba lo otro, que aunque él intentase olvidarlo siempre, no iba a poder deshacerse tan fácilmente del deber.

—Debo de encontrar a alguien —dijo Harriet.

Ella le entregó en ese momento el trapo con el que acababa de frotarle para que continuase él frotándose por delante, mientras tanto llenó una jarra y comenzó a derramar agua por su cabeza.

Un gemido de placer salió por la boca de Philip, y Harriet al escucharle sintió un cosquilleo exagerado en sus partes íntimas. Al notar aquello, Harriet dio por terminado el baño y salió con premura del lugar.

CAPÍTULO 6

Junio de 1780

A la mañana siguiente, Harriet comenzó a planificar la búsqueda de Harden. Tenía que preguntar todo lo que ella necesitaba saber, no podía salir afuera y comenzar a dar pasos sin rumbo.

Esperó a que Philip estuviese en pie para comenzar con todas las preguntas. Y justo cuando entró al salón al ver al noble caminar apoyado sobre una de las muletas que ella misma le había entregado días antes, no pudo hacer otra cosa que guardar silencio y observar. Estaba más guapo que nunca. Ese baño le había sentado francamente bien, y él mismo se había afeitado la barba, dejando al descubierto unas facciones masculinas y perfectas.

—Buenos días —dijo Philip dando media vuelta al escucharla.

—Disculpa, necesito hacerte unas preguntas.

—Lo que sea —respondió él.

—Si tuvieras que ir a por alguien a quien se han llevado los que hicieron este destrozo —Harriet miraba los cristales debajo de las ventanas, y el desastre del salón—, ¿dónde irías primero?

—A donde pienso ir hoy mismo, a buscar a George Gordon. Él me dirá donde se encuentra mi hermano.

—¡Estás loco! A penas puedes mantenerte en pie.

—No iré a pie, sino a caballo.

—Eso es una verdadera locura, tu pierna todavía no está curada.

—Lo suficiente como para rescatar a Conrad.

Harriet puso cara de no saber a quién se refería, y Philip la cazó al segundo.

—¿Quién eres?

—Tu vecina, ya te lo he dicho.

—No es verdad, cualquiera que fuera mi vecina sabría quién es Conrad, también sabría que esta muleta le pertenece, y no tengo la más mínima duda de que yo recordaría un rostro como el tuyo —dijo Philip sacando los colores del rostro de Harriet.

Harriet además de abrumada por lo último que había dicho él, también se sintió entre la espada y la pared. La había pillado, pero lo único que podía hacer era continuar mintiendo, porque, ¿quién se iba a creer que ella venía del futuro?

—Está bien. No soy tu vecina, no sé quién es tu hermano, pero necesito ayuda.

—¿Y por qué crees que voy a ayudarte? Me has mentido.

—Porque quizá yo te he ayudado a ti antes —respondió ella.

—Dime quién eres, no me mientas esta vez.

Harriet dudó en si decir la verdad o continuar mintiendo, y sin dilatar mucho la charla decidió que lo más adecuado para que Philip se decidiera a ayudarla, era ser franca con él.

—Mi nombre es Harriet Smith, busco a mi hermano Harden Smith, y lo que voy a contarte te va a sonar realmente a broma, pero te juro por mi vida que es cierto. —Philip apoyó su mano libre, la que no sujetaba la muleta, sobre una silla que estaba cerca, y después dando un pequeño

salto, decidió sentarse—. Vengo del año 2024, aparecí en los establos, y después caminando llegué hasta aquí. Tus gritos de dolor me dirigieron hasta tu misma alcoba, y aunque a quien buscaba era a mi hermano, no pude ignorar que estabas herido y me quedé para ayudarte.

—Debes de estar loca si crees que voy a creerme toda esa sarta de mentiras.

—Sabía que no me creerías, pero espero que creas todo lo que voy a contarte que sucederá después de esta época.

—Empieza —dijo, apoyando después un codo sobre una de sus piernas y sobre su mano la barbilla de forma expectante.

—Si lo deseas puedes tomar nota —dijo Harriet, y después se esforzó por recordar todas esas fechas de descubrimientos—, en 1879, Thomas Edison inventará la bombilla, y ese invento permitirá alumbrar los hogares sin la necesidad de encender fuego en las velas, usar lámparas de aceite, o chimeneas.

—De creer lo que dices, no habrá manera de poder comprobarlo, son casi cien años los que me separan.

—Tienes razón —resopló furiosa por no recordar ningún hecho histórico más cerca de la época en la que se encontraba.

—Dime algo que vaya a ocurrir dentro de pocos años.

Harriet se acercó a Philip, dejando un palmo de distancia entre ellos.

—Aquí tienes tu prueba. El primer vuelo tripulado en globo aerostático se realizó en el siglo XVIII, justo antes de 1780. —Philip afirmó con la cabeza—. En 1783 los hermanos Montgolfier realizarán el primer vuelo de un globo de aire caliente en Francia. Será un vuelo inicial no tripulado, el globo ascenderá y viajará una distancia corta. En el mismo año, pero en septiembre se hará un vuelo de prueba con animales en Versalles, presenciado por el rey Luis XVI, y después en noviembre, se llevará a cabo el primer vuelo tripulado. Jean-François Pilâtre de Rozier y el marqués François Laurent d'Arlandes volarán sobre París.

Philip se puso en pie quedándose muy cerca de la cara de Harriet. Su mirada alternaba sus ojos y la boca de ella, quien tenía los labios torcidos dejando asomar el mal humor que llevaba dentro.

—No sé por qué, pero por alguna extraña razón te creo —dijo él, pero después le preguntó—, pero, dime porque tienes esa información tan extraña para alguien que viene de mucho tiempo después.

—No soy una enciclopedia andante, no tengo más datos cercanos a tu siglo. Solo me acuerdo de eso, y no hay otro motivo que estudiar historia durante tres estúpidos años creyendo que algún día me haría falta. Deberías creerme.

—He dicho que te creo. No sé porqué pero lo hago. Y ahora relájate.

—No me digas que me relaje, lo haré cuando yo lo crea oportuno, ¿está bien?

—Está bien —dijo Philip sonriendo.

—No tiene gracia.

—Oh, ya lo creo que la tiene. ¿Alguien te ha dicho que estás realmente bonita cuando te enfadas?

—¿Y eso te resulta gracioso?

—No, me resulta excitante —dijo Philip mirando a Harriet, en esta ocasión no sonreía, solo miraba sus labios de una forma en la que nunca nadie antes había mirado sus labios.

—¿Me ayudarás a encontrar a mi hermano? —preguntó ella tratando de ignorar aquella mirada que la estaba abrasando por dentro, y las palabras que acababa de pronunciar aquel hombre tan apuesto.

—Te ayudaré —respondió después de apartar la mirada de ella.

Esa noche durante la cena que Harriet había preparado con algunas hortalizas, y unos huevos recién cogidos del gallinero, se dio cuenta que cuanto más sabían el uno del otro, peor era la convivencia, así es que decidió no volver a abrir la boca.

—Está todo riquísimo —dijo Philip.

—No había mucho más para cocinar, pero sí, está bueno.

—¿Ocurre algo? Has dejado de hablar de repente.

—Pues ahora que lo mencionas sí, sí me ocurre algo. A cada palabra que digo me siento un poco más incómoda contigo.

—Vaya, siento hacerte sentir así, no era mi intención.

—Pues ha sido servir la mesa y empezar a mirarme de forma extraña —dijo Harriet.

Pero sin duda Philip no miraba a Harriet de diferente manera por todo lo que salía de su boca. Más bien lo hacía porque estaba prendado con su belleza, y cuando decidió cambiarse de ropas, y se vistió con algunas prendas que el servicio guardaba en la casa, fue en ese momento que a Philip le cambió la mirada. Ahora olvidaba que venía de otra época, y la miraba como si fuera una dama a la que poder cortejar.

Le resultó difícil la tarea de mantenerse distanciado de ella, pero lo logró, y la cena fue tranquila aunque no cómoda para él. Aunque sin duda no podía apartar de su mente que él no podía actuar como si fuese libre.

CAPÍTULO 7

Junio de 1780

Philip se apoyó con cierto esfuerzo en el marco de la puerta destrozada de su querida mansión. Los restos que los saqueadores habían dejado se convirtieron en un rastro de desolación: muebles volcados, cristales rotos y las paredes ennegrecidas por el hollín de las antorchas. La noche, iluminada apenas por una luna velada, se llenaba con el olor de madera quemada y la tensión de lo que quedaba por venir.

Harriet, ajustándose la capa raída que había encontrado entre los escombros, se acercó a Philip con el ceño fruncido.

—No deberías moverte tanto. Esa pierna no soportará mucho peso— dijo, mirando la mancha oscura que se extendía por el vendaje improvisado alrededor de su muslo.

Philip intentó esbozar una sonrisa, pero su rostro estaba pálido por el dolor.

—Tienes razón. Sería mejor quedarme aquí y esperar a que los saqueadores vuelvan a terminar el trabajo. Excelente plan. —Intentó enderezarse, pero un espasmo le recorrió el cuerpo y tuvo que apoyarse contra la pared de nuevo.

—Está bien, está bien —dijo Harriet, rodando los ojos—. Al menos intenta no desmayarte antes de llegar al caballo.

Él soltó una risa amarga.

—Llevo montando a caballo desde que tengo recuerdo, te aseguro que una pierna en este estado no me detendrá. Así es que no me mires como si fuera un lisiado.

—Si no fuera por tu pierna, ni siquiera estaría aquí mirándote.

Harriet se giró hacia el patio, donde los caballos estaban atados con las riendas flojas, inquietos por el caos. La joven respiró hondo, buscando paciencia. Todo había cambiado desde que llegó a ese tiempo, pero lidiar con Philip estaba resultando tan agotador como si lo hiciera con cualquiera de sus hermanos. Solo que Philip no era su hermano por suerte para ella.

—Déjame ayudarte —dijo, extendiendo una mano hacia él.

Philip miró su mano, dudando por un momento, pero luego aceptó. Con un esfuerzo titánico, apoyándose también en su muleta, logró salir tambaleándose hacia el patio. Cada paso que daba era un recordatorio de su vulnerabilidad, algo que odiaba profundamente.

Cuando llegaron junto al caballo, Harriet se movió rápidamente. Tiró de las riendas para mantener al animal quieto mientras Philip se inclinaba hacia el estribo.

—Sube primero con la pierna buena —instruyó ella, con su voz firme pero sin rastro de burla.

Philip la obedeció a regañadientes, gritando entre dientes mientras estiraba con todas sus fuerzas para montarse. Finalmente, con un esfuerzo agónico, logró acomodarse en la silla de montar. Harriet lo observó, esperando que no se desmayara.

—Lo lograste —dijo ella, casi sorprendida—. Ahora, no te caigas.

Philip, jadeando, le lanzó una mirada medio divertida, medio agotada.

—Preferiría caer del caballo que seguir escuchándote, pero no hoy.

Harriet le ignoró, ya se daba cuenta de que Philip no era un hombre de esos a los que le gustaba que una mujer le dijera lo que hacer, así que montó su propio caballo con facilidad y tiró suavemente de las riendas.

—Bien, si ya terminaste de quejarte, tenemos que encontrar a Harden. Y a Conrad —añadió al final al recordar que Philip también tenía un hermano al que buscar.

Philip asintió, enderezándose con dificultad.

—Dos hermanos desaparecidos. Un tipo cojo y una viajera en el tiempo. Parece el comienzo de una historia que no puede salir bien.

—O puede salir muy bien, dependiendo de si los encontramos o no —dijo Harriet y después chasqueó la lengua para que su caballo avanzara.

Philip siguió, aunque más lento, mientras la mansión en ruinas se desvanecía tras ellos en la penumbra de la noche.

No podían esperar más tiempo para marcharse, después de que el doctor se fuera de la casa, era cuestión de tiempo que alguien fuese hasta allí para acabar con la vida de Philip Francis, así que ambos decidieron que aquella noche era la idónea para avanzar.

CAPÍTULO 8

Junio de 1780

Philip y Harriet avanzaron por las calles de Londres, el sonido de los cascos de los caballos se amortiguaba por el suelo irregular de adoquines. El aire olía a humo y también a desesperación, todo estaba enrarecido por culpa de los recientes disturbios. Harriet mantenía un ritmo constante, girándose de vez en cuando para asegurarse de que Philip la seguía. Su rostro estaba tenso, pero sus ojos no podían ocultar la preocupación que sentía por ese hombre. Cada vez que miraba la pierna de Philip, pensaba que debían de detenerse.

—Philip detente un momento —dijo finalmente, al notar que la sangre manchaba el borde de su bota.

Tiró de las riendas y desmontó con agilidad, acercándose a él antes de que pudiera protestar.

—Harriet, no es necesario —murmuró, aunque su voz carecía de convicción.

La fatiga se reflejaba en sus ojos, y el dolor lo mantenía al borde del desmayo.

Ella no respondió de inmediato, seguía concentrada en observar la herida con una expresión seria. Philip la siguió con la mirada mientras se inclinaba cerca de su pierna, sus manos reflejaban firmeza, pero a la vez eran cuidadosas al deshacer el vendaje. Sus dedos rozaron su piel al retirar la tela, y aunque Philip apretó los labios por el dolor, no pudo evitar sentir el ligero hormigueo que acompañaba ese contacto.

—Deberías haberme dicho que sangrabas tanto —dijo Harriet en voz baja, sin mirarlo a los ojos.

Mientras buscaba algo limpio para reemplazar el vendaje, él notó la delicadeza en sus gestos.

—No quería retrasarnos más de lo necesario —respondió Philip, apoyando la mano en el costado de su silla de montar para mantenerse erguido. Una sonrisa cansada cruzó su rostro—. Aunque parece que no puedo engañarte.

—No, no puedes —replicó Harriet, alzando por fin la mirada.

En ese instante sus ojos se encontraron por un momento que parecía durar más de lo necesario. Había algo en la forma en que ella lo miraba, no solo era preocupación, sino una suave intensidad que lo dejó sin palabras.

Mientras aseguraba el nuevo vendaje, su mano rozó la suya al ajustar el nudo. Philip sintió un escalofrío recorrer su columna, una sensación que no podía atribuir al dolor esta vez. Harriet también pareció notarlo, pues sus dedos se detuvieron brevemente antes de apartarse.

—Está mejor así —dijo ella, retrocediendo después un paso.

Philip inspiró profundamente, reuniendo sus pensamientos.

—Gracias, Harriet. No sé qué haría sin ti.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, con una sonrisa apenas perceptible.

—No te acostumbres. Esto no significa que vaya a cargar contigo todo el camino.

—Por supuesto que no —respondió él, pero su sonrisa sugería algo diferente.

Mientras ella se giraba para montar de nuevo, Philip se dio cuenta de que había algo en ella que lo estaba cambiando. Pues jamás se hubiese imaginado aceptando órdenes de una mujer, y menos aún de una desconocida.

CAPÍTULO 9

Londres, junio de 1780

El olor a madera quemada seguía notándose en el ambiente, junto con el eco de los disturbios que aún se sentían en la ciudad. Londres se veía diferente bajo la luz trémula de los faroles, con sus calles cubiertas de ceniza y algunos edificios aún humeantes. Harriet caminaba al frente, sujetando las riendas de su caballo con una expresión que indicaba que tenía un plan. Lo cual era mentira.

Philip, cojeando a su lado y apoyándose en la muleta, la observaba con una ceja arqueada.

—¿Sabes a dónde vamos o simplemente estás disfrutando de la caminata nocturna?

Harriet suspiró sin molestarse en mirarlo.

—Vamos… hacia adelante.

—Ah, sí. Claro. Qué reconfortante.

Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—Mira, si tu plan es quedarte aquí haciendo comentarios inútiles mientras buscamos a nuestros hermanos, dímelo y sigo sola.

—No he dicho que no tengas una dirección clara, aunque parece ser que no la tienes.

Harriet rodó los ojos, pero antes de poder responderle, notó que Philip se tambaleaba ligeramente. Su instinto le gritó que lo ayudara, pero sabía que él se revolvería como un gato mojado si lo intentaba. Así que, en su lugar, aligeró el paso para que no notara que lo estaba observando.

Después de unos minutos caminando por calles silenciosas, doblaron una esquina y se encontraron con un grupo de hombres apoyados contra una pared. Uno de ellos, con el sombrero ladeado y una sonrisa torcida, levantó la mirada hacia ellos.

—Vaya, vaya, pero, ¿qué tenemos aquí?

Harriet sintió la tensión en el cuerpo de Philip, pero antes de que pudiera abrir la boca para ser intimidante y noble, ella dio un paso adelante con la mejor sonrisa que tenía.

—¡Buenas noches, caballeros! Disculpen la interrupción, pero estamos buscando información.

Los hombres intercambiaron miradas divertidas.

—¿Información? Qué interesante. ¿Y qué están buscando, exactamente?

Philip resopló con impaciencia.

—A dos hombres que fueron llevados contra su voluntad.

Uno de los tipos ladeó la cabeza.

—¿Soldados, criminales o simples idiotas con mala suerte?

—Un poco de todo —respondió Harriet, con un tono tan ligero que Philip le lanzó una mirada de incredulidad.

El líder del grupo rio y se cruzó de brazos.

—Depende de adónde los hayan llevado. Si fue con los soldados, probablemente estén en la

Torre de Londres. Si tuvieron peor suerte, en Newgate. Bueno eso siempre que hubiera sido antes de hacerla arder. Y si tuvieron realmente mala suerte, bueno, en ese caso, ya no hay nada que buscar.

Harriet sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero se obligó a mantener la expresión serena.

—Gracias. Han sido de gran ayuda.

Tiró de la manga de Philip, quien, por una vez, no protestó y se dejó arrastrar lejos del grupo.

Cuando doblaron otra esquina, Philip habló:

—No puedes entrar en la Torre de Londres.

—Pensé que teníamos que encontrar a nuestros hermanos. Y si eso quiere decir que debemos saltar una muralla y colarnos como ladrones, no tengas duda de que lo haré.

Philip la miró sin rastro de diversión.

—Lo digo en serio. No puedes entrar ahí como si no fuese peligroso.

Harriet se cruzó de brazos.

—¿Y qué sugieres, entonces?

Philip suspiró, pero en lugar de discutir, su tono cambió.

—Conozco a alguien dentro. Un guardia que me debe un favor.

Harriet parpadeó.

—¿Un guardia en deuda contigo? ¿Qué hiciste? ¿Salvarle el pellejo en una pelea?

Philip le dedicó una sonrisa perezosa.

—Algo por el estilo.

—Muy bien, milord, entonces tenemos una oportunidad. ¿Qué sigue?

Philip la miró con intensidad.

—Seguirás mis instrucciones sin discutir.

Harriet soltó una carcajada.

—Ah, claro. Porque seguir órdenes es lo que mejor se me da, porque sin duda soy una mujer.

Philip cerró los ojos un segundo, probablemente preguntándose qué pecado había cometido para merecer esto.

—Dios nos ampare.

Harriet sonrió con satisfacción y se acomodó la capa antes de seguir adelante.

—Vamos, Philip. Tenemos un rescate por delante.

Philip la siguió, con la certeza de que lo que estaba a punto de ocurrir era una absoluta locura. Pero, por alguna razón, no pudo evitar sonreír.

CAPÍTULO 10

Londres, junio de 1780

Harriet seguía los pasos de Philip mientras se dirigían a una posada discreta cerca de la Torre de Londres. La ciudad seguía en ruinas por los disturbios, y aunque el bullicio de la noche comenzaba a apagarse, el peligro no desaparecía del todo.

—Déjame adivinar, tu contacto en la Torre es un hombre de moral cuestionable —dijo Harriet, sin molestarse en bajar la voz.

Philip le lanzó una mirada de advertencia antes de empujar la puerta de la posada.

—¿Podrías, por una vez, no anunciar nuestras intenciones al mundo?

Harriet le sonrió con picardía.

—Lo intentaré, pero ya te adelanto que no prometo nada.

El interior del lugar olía a cerveza rancia y tabaco. Mesas de madera desgastada estaban esparcidas por la sala, ocupadas por hombres con rostros cansados y miradas sospechosas. Philip avanzó con confianza, aunque su leve cojera lo delataba. Harriet lo siguió, observando con curiosidad cómo se desenvolvía en un ambiente que claramente no era el suyo.

—Allí está —murmuró Philip, señalando a un hombre corpulento sentado en una esquina con una jarra de cerveza en la mano.

Harriet apenas le dio un vistazo antes de susurrar:

—No sé por qué, pero esperaba a alguien con más dientes.

Philip reprimió una sonrisa antes de acercarse a la mesa.

—Bishop —saludó con voz firme.

El hombre levantó la vista y sonrió, dejando ver, efectivamente, menos dientes de los que Harriet consideraba normales.

—Vaya, lord Francis, pensé que estarías muerto.

—Desafortunadamente para algunos, no lo estoy.

Bishop rio y tomó un trago de su jarra.

—¿Qué necesitas?

—Información.

Harriet observó la interacción con los brazos cruzados, preguntándose cuántas veces Philip había tratado con hombres así. Desde que lo conoció, todo en él gritaba *noble caballeroso*, pero cuanto más tiempo pasaban juntos, más capas descubría.

Philip negoció con Bishop con una habilidad que Harriet no esperaba, y después de unas monedas bien colocadas, obtuvieron lo que buscaban: la confirmación de que Conrad y Harden estaban en la Torre de Londres.

Cuando salieron de la posada, Harriet se frotó los brazos para aliviar el frío que comenzaba a calarle la piel.

—Así que tienes amigos en todas partes —comentó.

—No lo llamaría exactamente un amigo.

—¿Y cómo lo llamarías?

Philip suspiró.

—Un mal necesario.

Harriet sonrió, pero en ese momento tropezó con un adoquín suelto y perdió el equilibrio. Philip reaccionó al instante, sujetándola por la cintura antes de que pudiera caer.

No fue un roce accidental. Fue un contacto firme, seguro, el tipo de contacto que hizo que Harriet contuviera la respiración por un segundo. Sus manos estaban sobre su cintura, y su pecho apenas a unos centímetros del de ella.

Harriet sintió un calor inesperado extenderse por su cuerpo.

—Vaya, eres más rápido de lo que pareces —murmuró, mirándolo a los ojos.

Philip pareció darse cuenta entonces de lo cerca que estaban. Apretó la mandíbula y la soltó con rapidez, como si tocarla por más tiempo fuera un error.

—Ten más cuidado —dijo, con un tono más severo de lo necesario.

Harriet arqueó una ceja.

—Oh, claro. La próxima vez que un adoquín decida hacerme perder el equilibrio, lo pensaré dos veces antes de pisarlo.

Philip resopló, claramente frustrado, pero no dijo nada más mientras seguían caminando. Harriet, sin embargo, ya no podía ignorar lo que acababa de sentir.

¿Él la deseaba? Puede que lo negara, pero ella no era una ingenua.

Y eso solo hacía que la idea de besarlo fuera aún más tentadora.

Más tarde esa noche, mientras descansaban en una pequeña habitación de la posada, Harriet tomó una decisión. Philip Francis era demasiado orgulloso, demasiado caballeroso, y ella estaba cansada de esperar a que él hiciera algo al respecto.

Así que lo haría ella.

Él estaba sentado en una silla junto a la ventana, con la mirada perdida en la calle. Harriet se acercó lentamente, sin hacer ruido, hasta quedar justo a su lado.

—Deberías dormir —murmuró Philip sin mirarla.

—No tengo sueño.

Philip giró la cabeza hacia ella, y en el instante en que sus ojos se encontraron, Harriet supo que no iba a dudar.

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, se inclinó y presionó sus labios contra los de él.

No fue un beso tímido. Fue decidido, seguro, como todo lo que Harriet hacía.

Philip se quedó inmóvil por un segundo, pero luego reaccionó. Sus manos volaron a sus hombros, no para atraerla, sino para apartarla con suavidad.

Harriet frunció el ceño cuando él se alejó, como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—No.

Esa sola palabra encendió su irritación.

—¿No?

Philip suspiró y pasó una mano por su rostro.

—Harriet… —dudó en qué decirle como excusa—, eres demasiado joven.

Ella sintió cómo la furia la invadía.

—¡Oh, por favor! No soy una niña.

Philip la miró con algo que parecía, ¿lucha interna?

—No he dicho que lo seas. Pero esto, no está bien.

Harriet apretó los puños.

—¿Sabes qué? Olvídalo. No volveré a cometer el error de besarte.

Philip intentó decir algo, pero Harriet ya estaba dándose la vuelta con los labios apretados y

el orgullo herido.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente

El ambiente dentro de la posada era pesado, con el aire viciado por el humo de tabaco y el murmullo de conversaciones de desconocidos. Philip y Harriet compartían una mesa en un rincón apartado, revisando los detalles de su próximo movimiento.

O al menos, Philip lo intentaba.

Harriet no podía concentrarse en nada.

Desde el momento en que Philip la rechazó la noche anterior, su orgullo había estado en guerra con algo mucho más peligroso: el deseo. Un deseo que no entendía, que nunca antes había sentido de una forma tan abrumadora.

Y lo peor de todo era que él también lo sentía.

Lo veía en la forma en que la miraba cuando creía que ella no lo notaba, en cómo sus dedos se crispaban sobre la mesa cada vez que ella se inclinaba un poco más cerca de lo necesario. Pero Philip era un maldito caballero, y estaba empeñado en ignorarlo.

Harriet lo odiaba por eso.

—Harriet —dijo Philip en tono de advertencia—, me estás mirando.

—No te estoy mirando.

—Sí, lo estás haciendo.

—No es cierto.

—Tus ojos están literalmente fijos en mi boca.

Harriet parpadeó y desvió la vista.

—No te creas tan importante. Solo pensaba en lo mal que te queda ese mechón de cabello suelto.

Philip exhaló un suspiro largo y frustrado, pasándose una mano por el cabello para intentar domarlo.

—¿Podemos enfocarnos en lo que importa?

Harriet cruzó los brazos y fingió interesarse en el pedazo de papel con anotaciones que Philip había hecho sobre la seguridad de la Torre. Pero las palabras parecían un borrón sin sentido.

La verdadera distracción estaba frente a ella.

Cada vez que Philip se movía, su camisa se tensaba sobre sus brazos, revelando la fuerza oculta bajo la tela. Su mandíbula estaba marcada por una sombra de barba que Harriet estaba segura de que rasparía deliciosamente si la rozaba con los labios.

Y, de repente, la idea de no besarle nuevamente le pareció insoportable.

No. Inaceptable.

Lo besaría.

Otra vez.

Harriet se movió antes de pensarlo demasiado. Se inclinó sobre la mesa, ignorando el alzamiento de cejas de Philip, y sujetó su muñeca con suavidad.

—Harriet, ¿qué estás haciendo? —preguntó él con cautela.

Ella sonrió levemente y se inclinó un poco más, reduciendo la distancia entre ellos hasta que

sus narices casi se tocaron.

—Exactamente lo que estás pensando —susurró.

Philip abrió la boca, probablemente para protestar, pero Harriet no le dio oportunidad.

Su boca capturó la de él en un beso que, a diferencia del primero, fue aún más intenso.

No hubo vacilación esta vez.

No hubo duda.

Harriet sintió el calor del cuerpo de Philip a través de la escasa distancia que los separaba, y el leve gruñido que escapó de su garganta fue suficiente para hacerla perder el control por completo.

Pero justo cuando ella pensó que él finalmente cedería, Philip la apartó de nuevo.

Con más brusquedad que la primera vez.

—¡Maldita sea, Harriet! —su voz sonaba áspera, como si le costara respirar.

Ella lo miró con el ceño fruncido, su pecho subía y bajaba con rapidez.

—¡¿Pero qué demonios te pasa?!

Philip se pasó una mano por la cara, como si intentara recuperar la compostura.

—Esto no puede suceder.

—¡Ya sucedió! —espetó Harriet—. Y vuelve a suceder. ¡Y seguirá sucediendo porque los dos lo queremos!

Philip cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No. No así.

Harriet sintió que su sangre hervía.

—¿No así? ¿Y cómo demonios se supone que quieres que sea? ¿Esperas que use un vestido pomposo y me abanique como una dama de la alta sociedad mientras tú me cortejas con cartas ridículamente largas?

Philip apretó la mandíbula y no respondió.

Ese silencio la enfureció aún más.

—Dilo de una vez, Philip. No quieres besarme porque crees que soy demasiado joven.

Philip abrió los ojos y la miró.

—Porque eres demasiado joven —se resignó a repetir lo que ella había dicho.

Harriet sintió un pinchazo en el pecho, pero lo cubrió con sarcasmo.

—Ajá, claro. Porque la edad es un problema ahora. Pero cuando me miras como si quisieras devorarme, eso no parece molestarte.

Philip tensó los hombros.

—Harriet…

Ella se inclinó hacia él de nuevo, con la mirada desafiante.

—Mírame a los ojos y dime que no me deseas.

Philip no lo hizo.

No pudo.

Harriet sintió su triunfo por un instante, pero su orgullo herido aún ardía.

—Lo que pensaba —murmuró con frialdad—. No eres capaz de admitirlo, pero tampoco eres capaz de aceptarlo.

Se puso de pie de golpe, derribando la silla en el proceso. Varias personas en la posada se giraron a mirarlos, pero a Harriet no le importó.

—Cuando dejes de comportarte como un cobarde, avísame —dijo, antes de girarse y salir de la posada sin esperar respuesta.

Philip se quedó sentado, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

Sabía que la había enfurecido. Sabía que probablemente Harriet ahora quisiera estrangularlo.

Pero también sabía algo más.

Ella tenía razón.

La deseaba.

Y tarde o temprano, dejaría de luchar contra ello.

El amanecer los encontró cabalgando en silencio, dejando atrás la ciudad y adentrándose en un sendero poco transitado. Philip había insistido en tomar una ruta menos evidente para evitar encontrarse con patrullas o bandidos. Harriet no discutió, todavía estaba demasiado irritada con él como para querer hablar demasiado.

Después de todo, la noche anterior había intentado besarlo de nuevo.

Y él, con su maldito sentido del honor, la había rechazado otra vez.

Cada vez que lo recordaba, le daban ganas de arrojarle algo.

Tal vez una piedra. O una silla. O mejor aún, su propia muleta.

Pero a pesar de su enojo, no podía ignorar que su herida estaba mejorando. Su pierna ya no sangraba, y aunque aún cojeaba, estaba claro que se recuperaba día tras día.

Lo que significaba que pronto ya no tendría ninguna excusa para depender de ella.

Algo así pensó también ella, y aunque primero frunció el ceño, después terminó sonriendo al imaginar su rostro de nuevo tan cerca de ella.

—¿Algo gracioso? —preguntó Philip con tono seco, rompiendo el silencio entre ellos.

Harriet parpadeó, sorprendida de haber sonreído sin darse cuenta.

—Sí. Tu terquedad.

Philip resopló.

—Viniendo de ti, eso es el colmo de la ironía.

Harriet rodó los ojos, pero no dijo nada más.

Cabalgaban durante horas, haciendo paradas ocasionales para descansar. Philip soportaba el trayecto con más resistencia de la que Harriet esperaba, aunque de vez en cuando apretaba la mandíbula por el dolor.

Al final de la tarde, llegaron a un claro donde un pequeño arroyo serpenteaba entre las piedras, con el sol reflejándose en sus aguas cristalinas.

Harriet desmontó de un salto y se estiró, suspirando de alivio.

—Necesito lavarme —dijo, frotándose el cuello—. Y tú también.

Philip arqueó una ceja.

—¿Acaso me estás insinuando que huelo mal, señorita Smith?

Harriet le lanzó una mirada burlona.

—No lo insinúo. Lo afirmo.

Philip dejó escapar una risa baja y desmontó con más cuidado.

—Ve primero —dijo, inclinando la cabeza hacia el arroyo—. Vigilaré.

Harriet no discutió. Caminó hasta la orilla y se arrodilló en una roca plana, recogiendo agua con las manos para refrescarse la cara y el cuello.

El agua estaba fría, pero la sintió deliciosa contra su piel.

Cerró los ojos por un momento, disfrutando de la sensación, pero cuando los abrió, se encontró con la mirada de Philip fija en ella.

Él estaba de pie a pocos metros, con la camisa remangada y los ojos oscuros, observándola de una forma que la hizo estremecer.

Harriet tragó saliva.

—Tu turno —dijo rápidamente, retrocediendo un paso.

Philip la estudió por un momento antes de asentir y acercarse al arroyo. Se arrodilló donde ella había estado y metió las manos en el agua. Harriet lo observó en silencio, con la respiración más agitada de lo normal.

Verlo allí, con las gotas de agua resbalando por sus brazos, su camisa pegándose levemente a su torso y su cabello desordenado.

Oh, Dios.

No podía seguir negándolo.

Quería tocarlo.

Quería recorrer cada cicatriz de su piel, hundir los dedos en su cabello, sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo.

El pensamiento fue tan visceral, tan impropio para una mujer de su época, que Harriet sintió calor subiendo por su cuello.

Philip, ajeno a su lucha interna, se pasó las manos mojadas por la nuca y suspiró.

—Esto es exactamente lo que necesitaba.

—Yo también —murmuró Harriet, aunque no estaba segura de que hablaban de lo mismo.

Philip se giró para mirarla y ella notó cómo sus ojos descendieron fugazmente por su cuerpo antes de volver a su rostro.

Harriet sintió su pecho apretarse.

Sabía que él la deseaba.

Lo veía en la forma en que sus pupilas se dilataban cuando la miraba demasiado tiempo. En cómo se tensaban sus músculos cuando accidentalmente lo tocaba.

Dio un paso adelante, casi sin pensarlo.

Philip la miró con cautela.

—Harriet…

Ella alzó una mano y la pasó por su propio brazo, como si intentara ahuyentar la necesidad de tocarlo.

—Dime que no lo sientes —susurró.

Philip cerró los ojos un segundo, su respiración se volvió más pesada.

—No puedes decirme eso.

—Puedo —Harriet alzó el mentón—. Y lo haré. Porque sé que quieres lo mismo que yo.

El silencio entre ellos era espeso.

Philip se puso de pie lentamente.

No dijo nada.

Solo la miró.

Como si estuviera a punto de hacer algo que no debía.

Harriet sintió su pulso acelerarse.

Todo lo que tenía que hacer era acortar la distancia. Solo un poco más.

Pero esta vez, fue ella quien se detuvo.

Respiró hondo.

Retrocedió.

Philip la observó con sorpresa.

—No lo haré —dijo Harriet, con voz firme, aunque su corazón latía con fuerza—. No esta vez.

Philip no apartó la vista de ella.

—¿Qué te ha hecho cambiar de actitud?

Harriet sonrió con ironía.

—Porque al parecer, alguien tiene que ser el caballero aquí.

Philip la miró con intensidad. Después de un momento, sonrió.

—Me alegro de que hayas decidido comportarte como una persona adulta, pero, me temo no te va a durar mucho.

Harriet entrecerró los ojos.

—Veremos.

Y sin decir nada más, se dio la vuelta y caminó de regreso al campamento, dejando a Philip parado junto al arroyo, con el agua goteando por sus manos y la certeza de que, por primera ver Harriet tenía el control.

CAPÍTULO 12

Cerca de la Torre de Londres, junio de 1780

La noche había caído cuando Harriet y Philip dejaron atrás el arroyo y volvieron al camino. Cabalgaban en silencio, con la luna alumbrando apenas el sendero empedrado.

Philip, como era habitual, se mantuvo alerta. Su pierna estaba lo suficientemente recuperada como para soportar el viaje sin demasiadas molestias, pero aún sentía las punzadas de dolor en cada movimiento brusco.

Harriet, por otro lado, estaba absorta en sus pensamientos.

Encontrar a su hermano era lo único que importaba. Y sin embargo, allí estaba, desperdiciando energía en pensar en Philip Francis y en lo que había estado a punto de hacer junto al arroyo.

Sacudió la cabeza. No tenía tiempo para distracciones.

—¿Cuánto falta? —preguntó Harriet, rompiendo el silencio.

Philip señaló hacia adelante.

—No mucho. Si lo que dijo Bishop es cierto, los prisioneros están retenidos en una sección apartada de la Torre, esperando juicio o ejecución.

Harriet sintió un escalofrío.

—No podemos llegar demasiado tarde.

Philip no respondió, pero la seriedad en su rostro decía que pensaba lo mismo.

Avanzaron por un sendero angosto hasta que divisaron luces a lo lejos. Era una pequeña taberna a las afueras de la ciudad, con la fachada envejecida y apenas un par de caballos atados en la entrada.

—Podemos conseguir información aquí —dijo Philip, desmontando con cuidado.

Harriet bajó de un salto y lo siguió sin discutir.

El interior de la taberna era ruidoso y maloliente. Mesas de madera crujían bajo el peso de jarras de cerveza, y los clientes hablaban en susurros o reían de manera exagerada.

Philip caminó hasta la barra con aire confiado, y Harriet se mantuvo a su lado. Un tabernero gordo y calvo los observó con curiosidad.

—Buscamos información —dijo Philip, dejando caer unas monedas sobre la barra—. Sobre los prisioneros en la Torre de Londres.

El tabernero recogió el dinero y bajó la voz.

—Han llevado a varios en los últimos días. Pero hay dos en particular que han causado revuelo.

Harriet sintió su pulso acelerarse.

—¿Harden Smith y Conrad Francis?

El hombre la miró con atención antes de asentir.

—Los llevaron ayer por la noche. Un soldado que ha estado vigilándolos suele venir aquí a beber. Si esperáis, tal vez podáis sacarle algo.

Harriet se giró hacia Philip con ansiedad.

—Debemos esperar.

Philip asintió y ambos tomaron asiento en una mesa apartada.

La espera fue tensa. Harriet tamborileaba los dedos sobre la mesa, mientras Philip mantenía la vista fija en la puerta.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, un soldado borracho entró tambaleándose. Llevaba el uniforme desordenado y el rostro enrojecido por el alcohol.

Harriet y Philip se pusieron en pie al instante.

Philip se acercó al hombre con gesto desinteresado.

—Buenas noches, caballero. Permitidme invitaros una copa.

El soldado, encantado por la oferta, se dejó caer en una silla junto a ellos. Philip ordenó más licor y esperó pacientemente a que el hombre bebiera lo suficiente para soltar la lengua.

—¿Vigiláis la Torre? —preguntó Philip con tono despreocupado.

El soldado asintió con orgullo.

—Sí, y os aseguro que no es una tarea fácil. Estos nuevos prisioneros, tienen agallas. En concreto los dos últimos apresados.

Harriet se inclinó un poco.

—¿A qué os referís?

El soldado rio.

—Uno de ellos intentó fugarse en cuanto llegó. Alto, con cabello oscuro. Se enfrentó a dos guardias antes de que lo redujeran.

Harriet sintió una mezcla de orgullo y pánico. Ese era Harden.

—¿Y el otro? —preguntó Philip, fingiendo desinterés.

—El otro es un noble. Se nota en su forma de hablar. No ha dicho una sola palabra desde que llegó, pero os digo que tiene algo en la mirada que no deja que bajemos la guardia, no parece alguien que se rinda fácilmente.

Philip tensó la mandíbula. Ese era Conrad.

—¿Qué les harán? —preguntó Harriet, controlando la urgencia en su voz.

El soldado encogió los hombros.

—Eso depende de Lord Campbell.

Philip y Harriet intercambiaron una mirada.

—¿Quién demonios es Lord Campbell? —murmuró Harriet.

Philip se giró hacia el soldado con la misma pregunta.

El hombre soltó una carcajada amarga.

—Es el que decidirá el destino de los prisioneros. Quiere hacer un ejemplo con ellos.

Harriet sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué clase de ejemplo?

El soldado terminó su trago y se inclinó hacia ellos con una sonrisa cruel.

—Colgará a uno de ellos al amanecer.

Harriet sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Philip se tensó a su lado.

—¿Cuál de los dos?

El soldado se encogió de hombros.

—Aún no lo ha decidido.

Harriet se puso de pie tan rápido que la silla se tambaleó. Y se acercó a Philip para decirle algo.

—Tenemos que sacarlos de ahí. Ahora.

Philip la sujetó del brazo antes de que pudiera salir corriendo.

—No podemos irrumpir en la Torre sin un plan.

—¡No voy a quedarme aquí mientras uno de ellos es ejecutado! —susurró Harriet, con la desesperación reflejada en sus ojos.

Philip apretó la mandíbula, claramente debatiéndose.

Finalmente, asintió con gravedad.

—Está bien. Los sacaremos. Pero tendremos que hacerlo bien.

Harriet respiró hondo, intentando calmar el miedo que se aferraba a su pecho.

Tenían que darse prisa.

O llegaban antes del amanecer, o llegaban demasiado tarde.

CAPÍTULO 13

Torre de Londres, junio de 1780 – Horas antes del amanecer

Philip sujetó firmemente el cuello del guardia por el uniforme como si fueran amigos y así consiguió arrastrarlo hacia un callejón oscuro detrás de la taberna. El hombre estaba demasiado ebrio para resistirse, murmurando incoherencias antes de desplomarse completamente inconsciente en el suelo.

Harriet se inclinó sobre él y frunció el ceño.

—Dime que no lo has matado.

Philip puso los ojos en blanco mientras desabrochaba la chaqueta del soldado.

—No soy un asesino, Harriet. Solo un hombre con un talento excepcional para aprovechar la debilidad ajena.

Harriet bufó.

—Llámalo como quieras. Solo apresúrate.

Philip se puso el uniforme, ajustándolo con una mueca de desagrado.

—Dios, huele como un maldito barril de ron rancio.

Harriet le dio una palmadita en el pecho con aire burlón.

—Pues felicidades, porque ahora eres un soldado borracho. Intenta actuar como uno.

Philip la miró con exasperación, pero en el fondo, disfrutaba más de lo que admitía con esa facilidad que tenía Harriet para tomar el mando sin miedo.

Se aseguró de que el uniforme estuviera bien colocado, recogió el mosquete del soldado y se giró hacia ella.

—Ahora escúchame bien. Voy a entrar primero. Te abriré una ventana lateral que está a poca altura. Cuando te dé la señal, subes.

Harriet asintió con firmeza.

—He entendido. Pero si te descubren antes, debes saber que…

Philip le dedicó una media sonrisa.

—Entonces huye y encuentra otra forma de salvar a tu hermano.

Harriet cruzó los brazos.

—No. Si te descubren, yo entro de todos modos.

Philip suspiró.

—¿Por qué no me sorprende?

Antes de que ella pudiera responder con algún comentario mordaz, él se giró y caminó hacia la Torre con paso seguro, imitando el andar tambaleante de un hombre embriagado.

Los guardias en la entrada apenas le dirigieron una mirada antes de abrir la pesada puerta de madera.

—¿Otra ronda, McKenna? —dijo uno con tono burlón.

Philip murmuró algo ininteligible y siguió de largo.

Una vez dentro, recorrió los pasillos de piedra, manteniendo la calma. A cada paso que daba, su corazón latía con más fuerza debido al miedo de que lo descubriesen.

Finalmente, llegó hasta la ventana que había mencionado. Se aseguró de que el pasillo

estuviera vacío y deslizó el pestillo con cuidado.

Luego se inclinó y susurró:

—Ahora.

No pasó ni un segundo hasta que Harriet apareciera. Se impulsó con facilidad y Philip la ayudó a entrar, sujetándola por la cintura.

Su cuerpo se pegó al de él por un breve instante antes de que Harriet se apartara con agilidad.

Philip carraspeó.

—Bien. Sigamos.

Avanzaron por los pasillos en penumbra hasta llegar a una puerta gruesa de hierro. Philip sacó la llave que había tomado del guardia e hizo girar la cerradura con un leve *click.*

Cuando entraron, se encontraron con dos figuras encadenadas a lados opuestos de la celda.

Harden y Conrad.

Ambos se veían agotados, con la ropa sucia y algunos cortes en la piel. Pero lo primero que Harriet notó no fue su estado físico, sino las miradas de puro desprecio que se dirigían entre ellos.

Harden fue el primero en hablar.

—¡Por fin! —dijo Harden, pero cuando se dio cuenta de que era su hermana corrigió rápido—, Harriet, maldita sea, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Harriet alzó una ceja.

—Salvándote, querido hermano ¿no es obvio?

Conrad bufó desde el otro lado.

—Claro, porque tu hermano ha hecho un trabajo excelente arruinando cualquier posibilidad de escape.

Harden se giró hacia él con furia.

—¡Al menos yo hice algo! No me quedé sentado esperando una oportunidad inexistente.

—No hice nada porque soy inteligente —replicó Conrad con frialdad—. Cosa que tú claramente no eres.

Philip masajeó sus sienes.

—¿De verdad queréis mataros ahora mismo?

Harden se giró hacia él con desconfianza.

—¿Quién demonios es este?

—Philip Francis —respondió Harriet rápidamente—. Está ayudándome en el rescate.

Harden entrecerró los ojos.

—¿Francis? —Miró a Conrad con desprecio—. ¿Es pariente tuyo?

—Hermano —contestó Conrad con una mueca de fastidio.

Harden soltó una risa sin humor.

—Por supuesto. No podía ser de otra forma.

Harriet, harta, levantó las manos.

—¡Basta! No tenemos tiempo para esto. Van a colgar a uno de vosotros al amanecer.

El comentario logró silenciarlos.

Philip se apresuró a liberar a Conrad, mientras Harriet hacía lo mismo con Harden.

Pero en cuanto las cuerdas cayeron, Harden empujó a Conrad.

—¿De verdad ibas a quedarte aquí esperando a morir?

Conrad le sostuvo la mirada.

—No. Tenía un plan. Un plan que casi funcionaba hasta que tú llegaste y decidiste ser

imprudente.

Philip intervino antes de que la discusión volviera a comenzar.

—Si queréis mataros, podéis hacerlo después de que salgamos de aquí.

Conrad suspiró.

—Por una vez, estoy de acuerdo con mi hermano.

Harriet agarró la muñeca de Harden y lo obligó a moverse.

—Si no sales por tu cuenta, te juro que te arrastraré.

Harden la miró, sorprendido, y luego dejó escapar una risa seca.

—Bien. Tú mandas, pequeña.

Harriet le lanzó una mirada fulminante, pero no perdió tiempo en discutir.

Salieron de la celda y avanzaron por los pasillos. La tensión entre Harden y Conrad era palpable, pero Harriet decidió ignorarla por el momento.

Justo cuando estaban a punto de alcanzar la salida, Philip alzó una mano para detenerlos.

Desde la entrada, se escuchaban voces y pasos acercándose.

Philip maldijo en voz baja.

—Nos han descubierto.

Harriet miró a su hermano.

—¿Sigue en pie tu estúpido plan de huida?

Harden sonrió de lado.

—Siempre.

Philip intercambió una mirada con Conrad y suspiró.

—Dios nos ayude.

Y con eso, el grupo se preparó para la única opción que les quedaba.

Correr. Bueno, no del todo, porque ni Philip podía hacerlo muy rápido, ni su hermano Conrad daba zancadas muy largas debido a su cojera permanente.

CAPÍTULO 14

Torre de Londres, junio de 1780 – Minutos antes del amanecer

El sonido de pasos apresurados resonó en los pasillos de piedra mientras Harriet, Philip, Harden y Conrad corrían a una velocidad buena.

—¡Por aquí! —susurró Philip, guiándolos hacia una puerta lateral.

Pero justo cuando creían haber encontrado la salida, dos guardias armados se interpusieron en su camino.

—¡Deteneos ahí!

Harden soltó un gruñido y, sin pensarlo dos veces, se lanzó contra uno de los soldados con la fuerza de un animal salvaje.

El impacto fue brutal. El guardia cayó de espaldas, golpeándose contra la pared, pero Harden no le dio tiempo de reaccionar. Su puño se estrelló contra el rostro del soldado con una fuerza descomunal.

—¡Harden! —gritó Harriet, pero su hermano no la escuchaba.

El guardia intentó sacar su espada, pero Harden lo sujetó por la muñeca y lo lanzó al suelo con un giro violento. Luego, con un movimiento preciso, lo dejó inconsciente de un golpe en la mandíbula.

Philip silbó, impresionado.

—Bueno, supongo que no te faltan músculos.

Harden resopló y le dirigió una mirada fulminante.

—Tal vez deberías intentarlo alguna vez, aristócrata.

Pero Philip no tuvo tiempo de responder.

El segundo guardia se lanzó sobre él, blandiendo una espada.

Philip esquivó el primer golpe por poco, pero el filo de la hoja rasgó su camisa. El siguiente ataque no lo esquivaría.

Conrad, que hasta ahora había estado a la defensiva, vio el peligro antes que nadie.

—¡Philip, al suelo!

Sin cuestionarlo, Philip se agachó justo a tiempo para ver a su hermano mover su espada con precisión letal. El filo atravesó el costado del soldado, quien soltó un grito de dolor antes de desplomarse.

Philip, aún en el suelo, miró a Conrad con incredulidad.

—Me has salvado la vida.

Conrad le lanzó una mirada de fastidio.

—Por desgracia.

Philip rodó los ojos, pero no había tiempo para discutir.

—¡Vamos! —dijo Harriet con urgencia.

Los cuatro seguían con rapidez hacia la salida, saliendo a un patio trasero donde unos caballos esperaban atados. Parecía que lo habían logrado.

Pero justo cuando Harriet subía a su montura, una voz gélida la detuvo.

—No tan rápido.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Cuando se giraron, Lord Campbell estaba a pocos metros de distancia, con varios soldados a su lado.

Harriet sintió que el aire se volvía denso.

—Corre, Harden —susurró, sin apartar la vista de Campbell.

Su hermano, aun respirando con agitación por la pelea, la miró con horror.

—No.

Harriet se humedeció los labios.

—¡Corre, maldita sea!

Antes de que pudiera moverse, Campbell la agarró de la pierna y la obligó a bajar del caballo.

—No tan rápido, querida —dijo con una sonrisa cruel—. Parece que hoy no vais a huir todos.

Harden se quedó completamente inmóvil.

Su corazón latía desbocado.

No otra vez. No después de lo que pasó en Escocia, pensaba.

Los recuerdos lo golpearon con la fuerza de un puñetazo: Harriet, desangrándose en sus brazos. Harriet, inconsciente, con fiebre alta. Harriet, viajando al futuro para salvar su vida.

Todo por culpa de su imprudencia.

Y ahora, lo había vuelto a hacer.

Philip vio la mirada perdida de Harden y supo que estaba en estado de shock, no conocía el motivo, pero sabía que no iba a reaccionar.

—¡Tenemos que irnos! —dijo Philip con urgencia.

Pero Harden no reaccionaba.

—Harden, ¡maldición! —gritó Conrad, desesperado—. Si no nos vamos ahora, nos atraparán a todos.

Harriet lo sabía.

Sabía que Harden se sentía responsable, pero no podía permitir que lo apresaran también.

Así que hizo lo único que podía hacer.

—¡HUID! —gritó

Fue como una bofetada.

Harden sintió que el mundo se le caía encima, pero antes de que pudiera reaccionar, Philip lo agarró por el brazo con fuerza.

—Lo siento, amigo.

Y tiró de él con toda la fuerza que le quedaba, arrastrándolo con él hacia los caballos.

—¡NO! —gritó Harden, forcejeando—. ¡Tenemos que salvarla!

—Si te atrapan, estarás muerto antes del amanecer —dijo Philip con dureza—. Y Harriet habrá sacrificado todo para nada.

Harden respiraba con dificultad, y con sus ojos clavados en su hermana, que aún luchaba contra el agarre de Campbell.

Pero Philip tenía razón.

Si no escapaban ahora, jamás podrían volver a intentarlo.

Conrad ya estaba montado y miraba a su hermano con impaciencia.

—¡Philip!

Philip empujó a Harden hacia el caballo y subió de un salto sobre el suyo.

Harden, con la mente nublada por la ira y la culpa, tomó las riendas con manos temblorosas.

Harriet lo miró una última vez y sonrió con tristeza.

—No os preocupéis por mí.

Y entonces los soldados aparecieron en tropel**.**

Philip espoleó su caballo.

—¡Ahora!

Los tres salieron disparados, dejando atrás a Harriet, a Lord Campbell y al ejército que ahora se preparaba para cazarlos.

Mientras galopaban a toda velocidad, Harden apretó los dientes, sintiendo la impotencia quemarle el alma.

—Te encontraré, Harriet —murmuró con voz temblorosa—. Te juro que te encontraré.

Pero en el fondo, no podía evitar preguntarse si esta vez… No llegaría demasiado tarde.

CAPÍTULO 15

Desconocida ubicación, junio de 1780

Harriet abrió los ojos con dificultad, sintiendo la oscuridad a su alrededor.

El olor a humedad y madera vieja la hicieron pensar que estaba en una mazmorra, y cuando intentó moverse, se dio cuenta de que estaba acostada sobre un catre duro.

No estaba en la Torre de Londres. No estaba tampoco en una mazmorra.

Inhaló profundamente y dejó que su vista se acostumbrara a la penumbra. La habitación era pequeña, con una única ventana enrejada que dejaba entrar la luz de la luna. Las paredes de piedra le recordaban a una fortaleza más que a una celda.

Intentó moverse, pero sus muñecas estaban atadas con una cuerda gruesa.

Bien, aquello no era un problema.

No era la primera vez que la ataban.

Tensó los dedos y empezó a trabajar en el nudo, moviendo las muñecas con pequeños giros para aflojar la cuerda. Sabía que tenía que actuar rápido.

Si Philip y Harden lograban escapar, no vendrían por ella de inmediato. No podían. Sería un suicidio irrumpir en un lugar desconocido sin saber a qué se enfrentaban.

Lo que significaba que su mejor opción era salir de allí por su cuenta.

Justo cuando estaba a punto de deslizar una de sus manos fuera de la cuerda, la puerta se abrió.

Harriet se congeló.

A través de la poca luz de las velas que entraba por el pasillo, vio la silueta de un hombre alto, con una postura arrogante.

Lord Campbell.

Entró con paso tranquilo y cerró la puerta tras él, observándola como si fuera una pieza de caza que había capturado.

—Esperaba que estuvieras despierta.

Harriet enderezó la espalda y le sostuvo la mirada.

—¿Tanta ilusión te hace tenerme aquí? Si lo sé, habría llegado antes.

Lord Campbell sonrió con suficiencia y se acercó, colocando una silla frente a ella antes de sentarse con calma.

—Debo admitir que me intriga, señorita Smith.

Harriet ladeó la cabeza.

—Eso es porque no me conoces lo suficiente. Si lo hicieras, ya habrías huido de aquí.

Campbell rio suavemente.

—Tienes agallas. Eso me gusta.

Harriet reprimió una mueca de asco.

—¿Y qué es lo que quieres de mí exactamente? —preguntó con un tono despreocupado, mientras seguía trabajando en la cuerda sin que él lo notara.

Campbell entrelazó los dedos sobre su rodilla y la estudió con detenimiento.

—Tu hermano.

Harriet sintió un leve escalofrío, pero mantuvo la compostura.

—Tengo tres. Sé más específico.

—Harden Smith.

Harriet no reaccionó, pero su mente trabajaba rápido.

¿Por qué estaba interesado en Harden?

Campbell pareció notar su confusión y sonrió de lado.

—Verás, tu querido hermano ha hecho algo muy peligroso, y todavía no lo sabe.

Harriet no pestañeó.

—Ilústrame.

Lord Campbell se inclinó un poco hacia ella.

—Ha cruzado un camino que no debía. Y lo ha hecho con la persona equivocada.

Harriet sintió su corazón latir con fuerza.

—¿Y quién es esa persona?

Campbell sonrió con la paciencia de un hombre que disfrutaba alargar la tensión.

—Lord Gordon.

Harriet sintió que la sangre se le helaba.

George Gordon.

El hombre que había instigado los disturbios en Londres.

Un hombre al que Harden ni siquiera conocía, pero que de alguna manera había terminado enredado con él. ¿Cómo era eso posible?

—Mi hermano no tiene nada que ver con Gordon —espetó Harriet.

Campbell levantó una ceja.

—¿No? Qué curioso, porque sus nombres han sido mencionados en la misma conversación más veces de las que puedo contar.

Harriet apretó los dientes.

Esto era malo.

Si Harden estaba siendo relacionado con Gordon, significaba que la situación era aún más peligrosa de lo que había pensado.

Campbell la observó en silencio, como si disfrutara viéndola procesar la información.

—Te diré lo que ocurrirá —continuó con voz calmada—. Tarde o temprano, tu hermano vendrá por ti.

Harriet entrecerró los ojos.

—¿Y si no lo hace?

Campbell rio suavemente.

—Lo hará. Porque si no lo hace, lo encontraré de todos modos.

Harriet sintió un nudo en el estómago.

Campbell se puso de pie y la miró con una sonrisa de satisfacción.

—Descansa, señorita Smith. Vas a necesitar toda tu energía para lo que viene.

Y sin más, salió de la habitación, cerrando la puerta con llave detrás de él.

Harriet esperó hasta que sus pasos desaparecieron antes de maldecir por lo bajo.

No tenía tiempo que perder.

Si Lord Campbell quería usarla como carnada para atrapar a Harden, entonces tenía que escapar antes de que su hermano hiciera alguna estupidez por ella.

Finalmente, logró soltar la cuerda de sus muñecas y frotó la piel enrojecida. Un problema menos, pensó.

Se acercó a la ventana y examinó las rejas. Sólidas. Demasiado gruesas para romperlas.

Buscó por la habitación algún objeto útil, pero lo único que encontró fue una mesa, una silla

y el catre en el que había despertado.

Gruñó de frustración.

Necesitaba una salida. Y la necesitaba rápido.

Se sentó en la cama y respiró hondo, obligándose a pensar.

Si no podía salir sola…, tendría que esperar una oportunidad.

Quizá una debilidad de algún soldado, y si algo sabía sobre hombres, era que siempre cometían errores.

Harriet solo tenía que estar lista cuando eso ocurriera.

CAPÍTULO 16

Propiedad de lord Campbell, junio de 1780

Harriet se apoyó contra la pared de piedra, concentrada en cualquier sonido que pudiera darle información sobre su situación.

Había pasado horas intentando aflojar los barrotes de la ventana sin éxito. No tenía armas. No tenía aliados. Pero tenía oídos.

Y lo único que necesitaba ahora era escuchar algo útil.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta del pasillo se abrió y dos voces se acercaron. Harriet se apresuró a tumbarse sobre el catre y cerró los ojos, fingiendo estar dormida.

—Lord Campbell quiere que lo encuentren *antes* de que el rey dicte sentencia —dijo una voz gruesa.

—No será difícil. El idiota sigue creyendo que es un héroe.

Harriet reprimió una reacción.

¿Estaban hablando de Harden?

El segundo guardia resopló.

—Todavía no puedo creer que se lo tragaran tan fácil.

—¿A qué te refieres?

El primer guardia soltó una risa baja.

—Ese hombre, Blackbox, que trajeron con él. Fue el primero en venderlo. En cuanto vio que la soga le apretaba el cuello, señaló al grandullón y dijo que trabajaba con Gordon.

Harriet sintió que la sangre le hervía.

Así que había sido traicionado.

No era de extrañar que Campbell estuviera tan seguro de la culpabilidad de Harden. Tenía un testigo. Un traidor que se libró de la horca entregando a alguien inocente.

—¿Qué pasó con Blackbox? —preguntó el otro guardia.

—Le soltaron esa misma noche. Un hombre sin honor, pero con suerte.

Harriet apenas podía contenerse.

Ese malnacido había usado a Harden para salvarse.

Lo peor de todo era que su hermano ni siquiera lo sabía.

—Dentro de poco el grandullón ocupará su lugar en la soga. Un hombre por otro.

—Así es, si Lord Campbell cree que pronto vendrá a salvarla, no está equivocado —continuó el guardia—. Y cuando lo atrapemos, me encantará verle morir por estúpido —terminó el otro.

Harriet tragó saliva, memorizando cada palabra.

Cuando los guardias se alejaron, abrió los ojos lentamente.

No solo tenía que escapar.

Tenía que advertirle a Harden antes de que fuera demasiado tarde.

Harriet se quedó completamente quieta en su catre, con los ojos fijos en la pared de piedra frente a ella.

Ya no podía permitirse el lujo de pensar en Harden.

No podía pensar en lo injusto que era que lo hubieran incriminado.

No podía pensar en lo que harían con él cuando lo atraparan.

Tenía que salir de allí.

Porque si no lo hacía pronto, no habría nadie para advertirle.

Exhaló lentamente y volvió a analizar su entorno.

La celda era pequeña, apenas un espacio reducido de piedra con una puerta de madera reforzada. No había barrotes gruesos en la puerta, solo en la ventana, lo que significaba que Lord Campbell confiaba demasiado en sus hombres.

Y en su propia arrogancia.

Harriet sonrió con frialdad.

—Siempre hay una salida.

La clave estaba en encontrar a la persona más fácil de manipular.

Se acercó a la puerta de madera y apoyó el oído contra ella.

Escuchaba voces.

No de los guardias que había escuchado antes, sino de un hombre que se movía por el pasillo.

El tintineo de llaves la hizo sonreír.

Ahí estaba su oportunidad.

Con rapidez, se tumbó de nuevo en el catre y respiró agitadamente, dejando que el miedo real que sentía se reflejara en su rostro. Si iba a convencer a alguien, tenía que parecer indefensa.

Los pasos se detuvieron frente a la celda.

El hombre murmuró algo para sí mismo y luego abrió la puerta con cautela.

Harriet no alzó la vista de inmediato. Primero, le dejó creer que tenía el control.

—Te he escuchado moverte —dijo el hombre, cerrando la puerta tras él.

Harriet levantó la cabeza lentamente y lo miró con miedo y confusión.

Era un soldado joven. No un veterano con experiencia en la guerra, sino alguien que probablemente solo estaba allí porque no tenía otra opción.

Su rostro mostraba incertidumbre. Perfecto para ella.

Harriet tragó saliva y dejó que su voz sonara más débil de lo normal.

—¿Quién eres?

El soldado dudó.

—Mi nombre no importa. Pero el mío es el único rostro amigable que verás aquí dentro.

Mentira**.**

Ningún hombre que tenía el poder de decidir sobre la libertad de otro era amable.

Harriet lo miró con el labio tembloroso.

—No sé qué hago aquí —susurró—. No soy nadie. No pertenezco a este sitio.

El soldado frunció el ceño.

—Dicen que eres importante.

Harriet negó con la cabeza.

—¿Importante para quién? ¿Para un hermano al que han acusado de algo que no hizo? ¿Para un hombre al que apenas conozco?

El soldado vaciló.

Ahí estaba, la primera grieta en su armadura.

Harriet se obligó a respirar con rapidez, como si estuviera al borde del llanto.

—Por favor, ayúdame, no quiero morir aquí.

El soldado apretó los dientes y miró hacia la puerta.

—No sé qué va a hacer Lord Campbell contigo.

Harriet bajó la mirada.

—Tal vez lo sepas, pero no quieres decírmelo.

El joven no dijo nada.

Eso era una confirmación.

Lo que Campbell planeaba no era nada bueno.

Harriet tragó saliva y cerró los ojos un instante.

No podía esperar a que alguien viniera por ella.

Tenía que actuar.

Y este hombre era su única oportunidad.

Respiró hondo y volvió a mirarlo.

—¿Vas a matarme?

El soldado se tensó.

—No.

Harriet ladeó la cabeza.

—¿Entonces puedes ayudarme?

El joven guardó silencio.

Se lo estaba pensando.

La batalla interna en su cabeza era evidente.

No necesitaba que la liberara del todo.

Solo necesitaba que cometiera un error.

Y Harriet sabía exactamente cómo hacerlo.

Harriet mantuvo la vista baja, con la respiración entrecortada.

El soldado dudaba. Ella lo sentía. No era un hombre cruel. No era un verdugo. Era joven, inexperto y probablemente fácil de manipular.

Harriet sabía cómo funcionaban los hombres como él. Se aferraban a la ilusión de ser héroes. Si le daba la oportunidad de, salvarla, lo haría.

Tragó saliva y dejó que su voz temblara levemente.

—Por favor, solo necesito un poco de agua.

El soldado entrecerró los ojos.

—No debería estar aquí.

—Yo tampoco.

Sus palabras lo hicieron dudar aún más.

Harriet hizo un movimiento muy calculado: deslizó los brazos alrededor de su propio cuerpo como si tuviera frío y arqueó levemente la espalda, haciendo que su postura pareciera más vulnerable.

El soldado tragó saliva y apartó la mirada un segundo. Justo lo que ella quería.

—Si lord Campbell me encuentra aquí, tendré problemas.

Harriet levantó la vista, dejando que su expresión fuera pura súplica.

—Él no tiene por qué enterarse.

El soldado tragó saliva. Estaba cediendo.

Dio un paso hacia atrás y asintió, frotándose la nuca.

—Voy a buscarte agua. Pero no hagas ninguna tontería.

Harriet sonrió levemente.

—Solo quiero beber.

El soldado vaciló un momento más antes de girarse y salir de la celda.

Harriet exhaló lentamente y su sonrisa se desvaneció en cuanto él desapareció por la puerta.

Tenía que moverse rápido.

Este era su único momento de ventaja.

Se acercó a la puerta y estudió la cerradura. No podía abrirla sin una llave, pero había algo que sí podía hacer: posicionarse de manera estratégica.

Volvió al catre y se sentó en el borde, dejando que su vestido se deslizara sutilmente sobre sus piernas.

Si aquel hombre ya estaba cayendo en su juego, le daría el golpe final.

Pasaron unos minutos antes de que el soldado regresara con una jarra de agua.

Harriet no se movió de inmediato.

Esperó a que entrara por completo en la celda.

El joven avanzó con cautela y le tendió la jarra.

—Aquí tienes.

Harriet alzó la vista y sonrió suavemente, aceptándola con dedos delicados.

El soldado se quedó inmóvil por un segundo.

Ese era el error que Harriet había estado esperando.

Tomó un sorbo del agua y luego levantó los ojos lentamente, como si apenas pudiera mantener la compostura.

—Eres, muy amable.

El soldado carraspeó.

—No debería estar aquí.

—Lo sé. —Harriet dejó la jarra a un lado y se inclinó ligeramente hacia él—. Y eso me dice que no eres como los demás.

El soldado abrió la boca, pero nada salió de ella.

Harriet se levantó lentamente y se acercó, dejando que la distancia entre ellos se redujera.

—No quiero estar aquí —dijo Harriet en forma de susurro.

El soldado tragó saliva, con los ojos clavados en ella.

—No puedo soltarte.

—¿Por qué no?

Harriet levantó una mano y la deslizó muy lentamente sobre el antebrazo del soldado.

Un simple roce. Apenas perceptible. Pero suficiente.

El soldado exhaló con fuerza y apretó los puños.

—Si Lord Campbell lo descubre, estoy muerto.

—Pero no lo hará. —Harriet inclinó la cabeza y sus labios casi rozaron su oído—. A menos que tú quieras que lo haga.

El soldado contuvo el aliento.

Ese era el momento.

Con un movimiento rápido y calculado, Harriet alzó la rodilla y lo golpeó justo en la entrepierna.

El soldado soltó un jadeo ahogado y se dobló en dos. Harriet no le dio tiempo de recuperarse.

Tomó la jarra de agua y la estrelló contra su cabeza.

El impacto resonó en la celda.

El soldado se desplomó.

Harriet se inclinó sobre él, respirando con fuerza, y buscó rápidamente las llaves en su cinturón. Las encontró.

El sonido del metal tintineando en su mano le supo a victoria.

—Gracias por el agua —murmuró con frialdad.

Y sin perder más tiempo, corrió hacia la puerta y la abrió.

La mansión de lord Campbell no era la Torre de Londres. Era algo mucho peor. Un lugar oculto. Parecía una fortaleza privada.

Pero Harriet no iba a quedarse para descubrir qué era exactamente.

CAPÍTULO 17

Propiedad de lord Campbell, junio de 1780

Harriet contuvo la respiración y se deslizó silenciosamente hacia un rincón oscuro, pegando la espalda contra la fría pared.

Desde su escondite, observó la gran puerta entreabierta de un despacho iluminado.

Escuchó voces, una de ellas pertenecía a lord Campbell. La otra era más grave, un hombre que Harriet no reconoció de inmediato.

Se inclinó un poco más, forzando el oído.

—No podemos permitirnos otro error —dijo Campbell con voz tensa—. Gordon sigue moviéndose a sus anchas, y su influencia no ha desaparecido.

El otro hombre resopló.

—Los disturbios fueron un desastre, pero la ley marcial no ha detenido su causa. Sus seguidores siguen operando en la clandestinidad.

Harriet sintió un escalofrío.

¿Gordon todavía tenía influencia?

Campbell suspiró con impaciencia.

—Lo sé. Y por eso debemos actuar con rapidez.

El otro hombre dejó su jarra sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Y qué propones?

Hubo un breve silencio antes de que Campbell respondiera.

—Sabemos que Gordon planea otro levantamiento. Todavía tiene recursos y aliados, y si no lo detenemos, habrá otra revuelta antes de que acabe el verano.

Harriet contuvo el aliento.

—¿Y cómo lo detenemos? —preguntó el otro hombre.

Campbell se inclinó sobre la mesa.

—Capturaremos a alguien que pueda incriminarlo ante el rey.

Harriet apretó los dientes.

—¿A quién tienes en mente?

Campbell sonrió.

—Harden Smith.

Harriet sintió un nudo en el estómago.

El otro hombre pareció confundido.

—¿El prisionero que escapó? ¿Qué tiene que ver con esto?

Campbell se acomodó en su asiento.

—Aún no lo sabe, pero tenemos testigos que pueden vincularlo con Gordon. Cuando lo capturemos, se verá obligado a confesar, o a firmar una declaración. Y la verdad es que no me importa que sea falsa.

Harriet sintió que su pulso se aceleraba.

No solo querían atrapar a Harden.

Querían forzarlo a firmar una confesión falsa para incriminar a Gordon. ¡Ante el rey!

El otro hombre resopló.

—¿Y si se niega?

Campbell sonrió con frialdad.

—Entonces lo haremos hablar. Todos lo hacen, tarde o temprano.

Harriet apretó los puños. Maldito bastardo.

Pero antes de que pudiera moverse, Campbell dijo algo que la dejó helada.

—Además, aún tenemos otro problema. Philip Francis.

Harriet se tensó de inmediato.

—¿Philip? —preguntó el otro hombre, claramente sorprendido—. ¿Qué tiene que ver con esto?

Campbell dejó escapar una risa baja.

—Lord Francis es más peligroso de lo que cree. Tiene demasiado interés en lo que ocurre en Londres, y si descubre lo que pretendemos hacer con tal de encarcelar a Gordon, se convertirá en un enemigo, a pesar de tener los mismos intereses políticos que nosotros.

El otro hombre se inclinó.

—Pues no veo como hacerle callar.

—Hay una mujer que quizá desee proteger —dijo lord Campbell.

—¿Te refieres a la mujer con la que está comprometido?

Harriet sintió que el suelo se le movía bajo los pies.

¿Compromiso?

Philip estaba comprometido.

El corazón de Harriet martilleó en su pecho.

—Así es. Esa mujer le hará mantenerse quieto.

El otro hombre dejó escapar un bufido.

—No creo que un noble herido represente un problema.

Campbell se cruzó de brazos.

—Tú subestimas a los hombres como él. A los que tienen una reputación que mantener.

El otro hombre pareció pensarlo por un momento.

—¿Y qué haremos con él?

Campbell sonrió.

—Nada. Porque cuando vuelva, descubrirá que todo ha cambiado.

Harriet sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Campbell se levantó de su asiento.

—Debo ocuparme de algo. Quiero informes sobre Gordon para el amanecer.

El otro hombre asintió.

Harriet se quedó completamente inmóvil mientras Campbell se relajaba en el despacho y el otro hombre desaparecía por el pasillo.

Tenía que procesar todo.

Lord Campbell quería usar a Harden como chivo expiatorio para incriminar a Gordon. Philip estaba comprometido.

Harriet sintió un nudo en el estómago.

Tenía que salir de ahí. No solo para salvarse, sino para advertirle a Philip antes de que fuera demasiado tarde. Por que aunque le doliera saber la verdad sobre su compromiso, tenía que avisarle para que pusiera a salvo a su prometida.

Pero justo cuando giró para regresar por donde vino, un brazo la sujetó con fuerza por la cintura.

—¿Y qué tenemos aquí?

Harriet sintió la fría punta de una daga contra su cuello.

La habían encontrado.

CAPÍTULO 18

Propiedad de lord Campbell

Las manos que la sujetaban eran firmes, con dedos grandes que se clavaban en su cintura.

Harriet contuvo el aliento cuando sintió la presión de la daga fría contra su cuello.

—No te muevas, pequeña —susurró una voz ronca detrás de ella.

El miedo se aferró a su pecho, pero Harriet se obligó a no entrar en pánico.

No podía delatarse. Si Campbell descubría que había escuchado su conversación, todo sería peor.

El soldado la arrastró sin esfuerzo hasta la habitación iluminada donde, segundos antes, había estado Lord Campbell.

La puerta se cerró con un golpe seco.

Harriet respiró con dificultad, obligándose a calmar su pulso acelerado.

El soldado la empujó bruscamente hacia adelante y ella tropezó, pero se mantuvo en pie.

—Mira lo que he encontrado husmeando en los pasillos.

Lord Campbell se giró con lentitud.

Y cuando sus ojos se posaron en Harriet, su sonrisa fue pura satisfacción.

—Ah, señorita Smith, me alegra ver como se las ha arreglado para salir de donde estaba.

Su tono era casi, divertido.

Harriet levantó el mentón, negándose a mostrar miedo.

—Si querías que me quedara, podrías haberlo dicho. No era necesario enviarme un secuaz.

El soldado frunció el ceño, pero Campbell simplemente rio.

—Me temo que no puedes evitar meterte en problemas, ¿verdad?

Harriet no respondió.

No necesitaba hacerlo.

Ambos sabían lo que estaba pasando allí.

Lord Campbell la observó con curiosidad antes de inclinarse sobre la mesa y entrelazar los dedos.

—Dime, señorita Harriet, ¿qué crees que hará tu hermano cuando sepa que no pienso dejarte marchar?

Harriet mantuvo su expresión impasible.

—Probablemente si pudiera me daría una paliza por haber dejado que un idiota como tú me capturara.

Campbell rio suavemente.

—No lo dudo. Pero me temo que Harden tiene pocas opciones en este momento.

Harriet sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Qué quieres decir?

Campbell alzó una ceja.

—Si Harden no se entrega voluntariamente, otra persona sufrirá las consecuencias.

Harriet sabía a quién se refería, lo acababa de escuchar, pero tenía que hacerse la tonta..

—¿Otra persona?

Campbell se inclinó un poco más, con una sonrisa peligrosa.

—Sí. La prometida de Philip Francis.

El mundo de Harriet se detuvo de nuevo al volver a escucharlo. Sintió como si la hubieran golpeado en el estómago.

—¿Estás seguro de que Philip está comprometido?

Campbell la estudió con atención, como si saboreara cada reacción en su rostro.

—Oh… —su sonrisa se ensanchó—. ¿No lo sabías?

Harriet sintió su corazón martillear contra su pecho.

—Philip está, ¿comprometido? ¿O simplemente es otra mentira más tuya?

Campbell se acomodó en su silla, disfrutando del momento.

—Desde hace un año, de hecho. Un acuerdo entre familias. Algo que un hombre de su posición no puede romper sin consecuencias.

Harriet sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía. Esto que estaba descubriendo ahora, la hacía entenderlo todo. Ahora todo encajaba.

Todas las veces que Philip la había apartado.

Todas las miradas cargadas de deseo que se transformaban en una muralla de hierro en el último segundo.

Siempre hubo una razón.

Philip nunca la besó porque pertenecía a otra mujer, y como acababa de decir lord Campbell, no podía romper ese compromiso sin consecuencias.

Harriet apretó los puños con fuerza, luchando contra el ardor en sus ojos.

No podía dejar que Campbell viera cuánto dolía.

No podía mostrar debilidad.

Así que tomó aire y se obligó a hablar con calma.

—Si lo que dices es cierto, entonces Philip jamás pondrá en riesgo a su prometida por mi hermano.

Campbell sonrió con suficiencia.

—Oh, pero ahí te equivocas. Philip es un hombre de honor. Y el amor lo hace imprudente.

El amor.

Harriet sintió el golpe en su pecho.

Philip amaba a su prometida.

Su estómago se revolvió.

No debería importarle.

Pero en cambio lo hacía.

Porque, aunque nunca quiso admitirlo, aunque nunca se atrevió a decirlo en voz alta.

Ella lo amaba.

Lo amaba de verdad.

Y saber que nunca lo tendría le quemó el alma.

Campbell pareció notar algo en su rostro, porque su expresión se volvió aún más cruel.

—Lamento ser yo quien te lo diga, señorita Harriet. Parece que le duele escuchar que lord Francis se debe a otra mujer.

Harriet sintió que su orgullo se rompía en mil pedazos.

Pero no le daría el placer de verla caer.

Se obligó a sonreír con frialdad.

—Oh, no te preocupes. Philip Francis no es precisamente mi tipo.

Campbell rio suavemente y se puso de pie.

—Veremos cuánto dura tu valentía cuando llegue el momento de la verdad.

Harriet no respondió.

No podía.

Porque por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba perdiendo algo que nunca fue suyo.

Pero no había tiempo para lágrimas.

Philip y los demás debían de estar cerca.

Y si algo podía hacer por él era asegurarse de que no se viera atrapado en este juego sucio.

Aunque le doliera más que nada en el mundo.

El estruendo de una explosión sacudió los muros de la mansión.

Harriet sintió que el suelo temblaba bajo sus pies y, por un segundo, todo el lugar se llenó de gritos y caos.

—Han venido por ella —gritó un soldado.

Lord Campbell maldijo y se giró rápidamente hacia la puerta.

—¡Detenlos! —ordenó a los guardias que esperaban fuera de la habitación.

Harriet no lo pensó dos veces. Era su oportunidad.

Dio un paso atrás, fingiendo retroceder con miedo, pero en el último momento, tomó una vela del escritorio de Campbell y la lanzó contra la alfombra.

Las llamas se encendieron de inmediato.

Campbell se giró con furia, pero Harriet ya estaba corriendo hacia la puerta.

Los pasillos eran un caos. El sonido de espadas chocando y disparos resonaban por todas partes.

Y entonces lo vio.

Philip.

Estaba cubierto de polvo y con un corte en la mejilla, pero se veía tan grande y peligroso como nunca antes lo había visto.

Su Philip. No. El Philip de otra mujer.

Harriet apretó la mandíbula, endureciendo su expresión antes de que él pudiera ver algo en su rostro.

—¡Harriet! —Philip la alcanzó en tres zancadas, y colocó sus manos firmes en sus brazos—. ¿Estás herida?

Harriet lo miró directamente a los ojos y se obligó a sonreír con indiferencia.

—Estoy perfectamente. Gracias por la caballerosidad.

Philip parpadeó, claramente desconcertado.

—Tenemos que salir de aquí.

—Antes de nada, debes saber que irán a por tu prometida.

Philip se quedó completamente inmóvil.

La sonrisa de Harriet no se desvaneció.

No le daría la satisfacción de ver que sus palabras la habían destrozado por dentro.

—¿Cómo…? —Philip entrecerró los ojos—. ¿Cómo lo sabes?

Harriet se encogió de hombros, con el tono más ligero que pudo reunir.

—Campbell no ha parado de hablar. Es un hombre muy informativo, en realidad. Aunque debo decir que no me esperaba que Lord Francis estuviera comprometido.

Philip tensó la mandíbula.

—Harriet…

—No tienes que explicarme nada. —Harriet lo interrumpió con frialdad—. Todo tiene sentido ahora.

Philip la miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué es exactamente lo que tiene sentido?
Harriet soltó una risa breve y carente de humor.
—Tus constantes negaciones. Tus rechazos. Tu enorme sentido del deber.
Philip apretó los labios, pero no dijo nada.
Harriet sintió que su corazón se partía aún más.
¿Por qué no lo negaba?
¿Por qué no decía que todo esto era un error?
No lo hizo, porque no lo era.
Philip Francis nunca fue suyo y jamás lo sería.
Así que levantó el mentón y fingió que nada de eso importaba.
—De todas formas, supongo que fue una tontería pensar que tú y yo, ya sabes...
Philip abrió la boca, pero Harriet ya había dado un paso atrás.
—Pero no te preocupes, Lord Francis. No volveré a ponerme en tu camino.
Se giró sin darle oportunidad de responder.
Si se quedaba un segundo más, iba a romperse.
Pero antes de que pudiera dar otro paso, Philip sujetó su muñeca con firmeza.
Harriet se congeló.
Podía sentir su calor. Su fuerza.
Pero no se giró.
No podía.
—Harriet… —La voz de Philip sonó ronca, más baja de lo normal.
Pero ella no iba a ceder.
Tiró de su brazo, liberándose de su agarre sin mirarlo.
—No tienes que decir nada. No cambia nada.
Philip no respondió.
Porque sabía que era mentira.
Todo había cambiado.
Para siempre.

CAPÍTULO 19

En algún punto del camino a Londres, junio de 1780

Harriet no había dicho una sola palabra en toda la maldita noche.

Philip nunca pensó que el silencio pudiera ser tan ruidoso**.**

Montaban a caballo en dirección a un refugio seguro que Conrad conocía, acompañados por Harden, que, para variar, no paraba de hablar sobre cómo pensaba matar a lord Campbell con sus propias manos.

Philip no prestaba atención.

Estaba demasiado ocupado mirando de reojo a Harriet**.**

Su postura era recta. Su mandíbula, firme.

Si no la conociera, habría pensado que estaba perfectamente y tranquila.

Pero la conocía. Y sabía que Harriet solo se quedaba en silencio por dos motivos:

Primero cuando estaba tramando algo. Segundo, cuando estaba profundamente herida.

Esta vez, no estaba tramando nada.

Philip apretó las riendas con más fuerza de la necesaria.

Maldita sea.

Todo había cambiado.

Y eso lo ponía furioso.

Pero, como buen caballero, decidió abordar la situación con tacto y paciencia.

—¿Planeas ignorarme por el resto del viaje? —preguntó, con el tono más ligero que pudo reunir.

Harriet ni siquiera lo miró.

—Ese es el plan, sí.

Philip sintió que se le crispaban los nervios.

Muy bien.

Caballero y paciente. Caballero y paciente, se repetía.

—De acuerdo —dijo, asintiendo con la cabeza—. Solo quería saber cuánto duraría tu actitud infantil.

Harriet tiró bruscamente de las riendas de su caballo y se giró para fulminarlo con la mirada.

—¿Disculpa?

Philip sonrió, disfrutando de haber captado su atención.

—Oh, ¿así que sí puedes hablar? Pensé que habías hecho algún voto de silencio.

Harriet entrecerró los ojos, claramente considerando la posibilidad de matarlo allí mismo.

—No te confundas, lord Francis. No es que no pueda hablar. Es que no tengo interés en hablar contigo**.**

Philip sintió que algo dentro de él se revolvía incómodamente.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Quizás porque descubrí algo interesante anoche.

Philip tensó la mandíbula.

—Harriet…

—No. No te preocupes —lo interrumpió ella, con una sonrisa perfectamente calculada—. No cambia nada, ¿recuerdas?

Philip sintió un molesto calor subirle por la espalda.

Había algo en su tono, en su mirada, en su manera de hablarle ahora, que no le gustaba en absoluto.

Antes, Harriet siempre lo miraba como si lo viera.

Como si fuera el único hombre en la habitación.

Ahora, lo miraba como si fuera un completo desconocido.

Y maldita sea, eso lo enfurecía.

Philip no sabía por qué le molestaba tanto.

Pero lo hacía.

—¿Sabes qué? —dijo de pronto—. No sé por qué estás tan molesta.

Harriet soltó una carcajada sarcástica.

—No, claro que no.

—Tú fuiste la que dijo que no quería interponerse en mi camino.

Harriet lo miró de reojo.

—Y no lo haré.

Philip se inclinó levemente sobre su silla de montar, acercándose a ella.

—Entonces ¿por qué me miras como si me odiaras?

Harriet no se movió.

Ni siquiera parpadeó.

—No te odio, Philip.

Pero tampoco dijo que no le importaba.

Philip no era estúpido.

Sabía que había algo entre ellos.

Lo había sentido cuando Harriet lo besó por primera vez.

Lo sintió cada vez que la tocaba por accidente.

Y lo sentía ahora mismo, aunque Harriet intentara fingir que no existía.

Y eso lo estaba volviendo loco.

Harden, que parecía haber ignorado toda la tensión que crecía entre ellos hasta ahora, de repente habló desde su caballo.

—¿Podemos dejar de lado el drama romántico hasta que resolvamos cómo no morir en los próximos días?

Harriet sonrió.

Philip no lo hizo, porque Harriet realmente sonrió, pero no a él.

Philip se sentó más recto en su montura y apretó la mandíbula.

No le gustaba esto. No le gustaba en absoluto.

Y aunque no entendía por qué, sabía algo con certeza. No pensaba dejar que Harriet se alejara de él tan fácilmente.

El camino era estrecho y pedregoso, y Harriet maldijo por lo bajo cuando su caballo tropezó ligeramente en un bache.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Philip con demasiada diversión en la voz.

Harriet le lanzó una mirada asesina.

—Puedo montar un caballo sin tu ayuda, lord Francis.

Philip sonrió de lado.

—Oh, claro. Se nota.

Harriet apretó los dientes. Qué irritante era cuando sonaba tan condescendiente.

Justo cuando estaba a punto de responder con algo afilado, el destino decidió que Philip

tendría la última palabra.

El caballo de Harriet de nuevo tropezó en un bache aún más profundo, y antes de que pudiera reaccionar, Harriet salió despedida de la silla de montar.

No hubo tiempo de gritar, no hubo tiempo de nada.

Solo sintió dos brazos fuertes atrapándola en el aire.

Harriet aterrizó sobre Philip, ambos rodando por el suelo en un caos de capas, polvo y maldiciones saliendo de la boca de Harriet.

Cuando finalmente se detuvieron, Harriet parpadeó varias veces antes de darse cuenta de su posición.

Oh, maldición.

Estaba encima de él.

Philip debajo.

Su respiración estaba demasiado cerca de su oído.

Y el calor de su cuerpo se filtraba a través de su ropa, envolviéndola por completo.

Dios santo.

Harriet tragó saliva, pero no se movió.

No podía.

Porque el brazo de Philip seguía sujetándola por la cintura, como si aún intentara protegerla de la caída.

Porque él la estaba mirando.

Y por un segundo, solo un segundo, Harriet casi olvidó que Philip no era suyo.

Pero luego él parpadeó y todo el hechizo se rompió.

—Bueno —dijo Philip, con una voz más ronca de lo habitual—. Si querías tirarme al suelo, podías haberlo pedido con más sutileza.

Harriet lo golpeó en el pecho.

—¡Idiota!

Philip soltó una carcajada.

Y el sonido le dolió.

Porque era fácil. Porque él podía reírse y bromear, mientras ella sentía que se le desgarraba el corazón.

Harriet se obligó a apartarse.

Se levantó con rapidez, sacudiéndose la falda y evitando mirarlo.

Philip se incorporó con más calma, aún con una maldita sonrisa divertida en el rostro.

—Deberías practicar cómo caerte con más gracia.

Harriet entrecerró los ojos.

—Oh, lo siento. No todas las damas se han entrenado en el arte de la caída dramática como tú.

Philip arqueó una ceja.

—¿Me estás diciendo que me caigo con gracia?

Harriet cruzó los brazos.

—Solo digo que pareces bastante cómodo en el suelo. Tal vez deberías quedarte ahí.

Philip soltó otra carcajada.

Pero Harriet no sonrió. Porque no podía seguir haciendo eso.

No podía seguir pretendiendo que no había un abismo entre ellos.

Así que, antes de perder el valor, soltó la pregunta que la estaba matando por dentro.

—¿La amas?

Philip dejó de reírse.

El silencio se volvió más, pesado.

—¿Qué?

Harriet alzó la barbilla y repitió con una frialdad que no sentía en absoluto.

—¿Amas a tu prometida?

Philip no respondió de inmediato.

Y Harriet no sabía si eso hacía que se sintiera mejor o peor.

Finalmente, Philip suspiró.

—No se trata de amor.

Harriet lo miró fijamente.

—Eso no responde a mi pregunta.

Philip pasó una mano por su cabello, claramente incómodo.

—Estoy obligado a casarme con ella.

Harriet sintió un nudo en la garganta.

—¿Obligado?

Philip la miró.

—Nuestros padres son amigos desde hace años. Su familia necesita un marido honorable para continuar con la dinastía, y mis padres pensaron que yo era el candidato ideal.

Harriet apretó los labios con fuerza.

—¿Y tú simplemente aceptaste?

Philip se cruzó de brazos.

—¿Qué otra opción tenía?

Harriet rio sin humor.

—Oh, no lo sé. Tal vez, decir que no.

Philip la observó con atención.

—No es tan simple.

—¿No? —Harriet sintió que las palabras salían antes de poder detenerlas.— Porque parece bastante simple desde donde estoy.

Philip frunció el ceño.

—No entiendes cómo funcionan estas cosas, Harriet.

—Oh, perdona. —Harriet sonrió con frialdad.— Olvidé que soy una plebeya sin cerebro y sin educación en matrimonios arreglados.

Philip soltó un suspiro largo.

—Harriet…

—No, no hace falta que expliques nada más. —Ella levantó las manos, como si todo esto no le afectara en lo más mínimo. Como si su corazón no se estuviera partiendo en dos.— Es completamente comprensible.

Philip la miró fijamente.

Como si quisiera decir algo más.

Pero no lo hizo.

Y Harriet se dio cuenta en ese instante de que nunca lo haría.

Philip Francis siempre haría lo correcto. Y lo correcto no era ella.

Así que le sonrió una última vez, y subió a su caballo sin decir otra palabra.

Philip tampoco habló.

Pero tampoco dejó de mirarla.

CAPÍTULO 20

En algún punto del camino a Londres, junio de 1780

Philip escuchó los pasos antes que nadie.

Se tensó de inmediato, alzando la mano para indicar silencio.

Harden y Conrad reaccionaron al instante, pero Harriet, como siempre, tardó medio segundo más en procesar que había un problema.

—¿Qué…? —empezó a preguntar, pero Philip le tapó la boca antes de que pudiera terminar la frase.

—Shhh... —su voz fue apenas un susurro.

Los pasos se acercaban.

No había tiempo.

—Tenemos que escondernos —susurró Conrad.

Philip asintió, pero fue Harden quien tomó la decisión más rápida e inesperada.

Se dirigió a Philip con una mirada dura y le dijo en voz baja:

—Cuida de Harriet.

Philip sintió algo retorcerse en su interior.

No por la responsabilidad, sino por lo que querían decir sus palabras.

Sin darle tiempo a responder, Harden y Conrad se escabulleron entre las edificaciones, alejando la atención de los perseguidores.

Philip se quedó solo con Harriet.

Que, por supuesto, no se quedó callada.

—¡No puedo creerlo! —Harriet susurró furiosa mientras Philip la guiaba detrás de unos muros de piedra derruidos—. ¡Se ha marchado! ¡Me ha dejado aquí como si fuera una maldita carga!

Philip gruñó para sus adentros.

¿Podría, por una vez en su vida, no hablar tanto cuando intentaban no ser descubiertos?

—Harriet…

—¡No, en serio! —continuó, cruzándose de brazos—. ¡Deberíamos haber salido de esta época! ¡Regresar con Amanda y Peyton! ¡Londres ha sido un error!

Philip sintió cómo la frustración lo invadía.

¿No veía el peligro en el que estaban envueltos?

—Harriet… —intentó de nuevo.

—¡Pero no, claro que no! ¡Porque mi hermano es el hombre más testarudo de la tierra!

Philip perdió la paciencia.

Con un movimiento rápido, levantó la mano y cubrió su boca de nuevo.

—Dios bendito, Harriet —murmuró—. ¿Quieres que nos encuentren?

Harriet se quedó rígida.

Pero no por su regaño, si no por su contacto.

Philip sintió el temblor sutil en su cuerpo, y algo en su interior se encendió de golpe.

Los labios de Harriet bajo su mano eran suaves.

Demasiado suaves.

Y cuando sus ojos se encontraron en la penumbra, Philip supo que había cometido un error.

Porque ya no podía ignorarlo.

No podía ignorarla.

Lentamente, retiró la mano de sus labios.

Pero no se alejó.

No podía.

Harriet también estaba inmóvil.

Sus ojos brillaban bajo la tenue luz de la luna. Su respiración era entrecortada.

Y Philip no pensó.

No esta vez.

Se inclinó hacia ella.

Harriet no se movió.

No apartó la mirada. No se alejó.

Y cuando sus labios se encontraron, Philip sintió que había estado esperando este momento toda su maldita vida.

El beso fue lento al principio.

Explorador.

Cauteloso.

Pero cuando Harriet exhaló contra su boca, todo su control se rompió.

Philip la sujetó con ambas manos, atrayéndola más hacia él.

Harriet se aferró a su camisa, como si fuera lo único que la mantenía en pie.

Dios, su sabor.

La suavidad de su piel.

Todo lo volvía loco.

Y no quería detenerse.

No quería pensar en su compromiso.

No quería recordar quién se suponía que debía ser.

Solo la quería a ella.

Y por primera vez, no le importaban las consecuencias.

Harriet aún podía sentir el calor de los labios de Philip sobre los suyos.

Su corazón martilleaba salvajemente en su pecho, aquello que estaba sintiendo era algo, completamente diferente a lo que podía haber experimentado hasta ahora, era como si estuviera viviendo un sueño del que no quería despertar.

—Philip… —susurró, alzando una mano temblorosa y rozando su rostro con suavidad.

Philip cerró los ojos al sentir su caricia.

Como si su toque lo destruyera y lo sanara al mismo tiempo.

Harriet sonrió con dulzura.

Por primera vez no tenía dudas. No tenía miedo. Porque sabía lo que sentía.

—Te amo —susurró, dejando que las palabras escaparan sin miedo de su boca.

Philip abrió los ojos de golpe.

Harriet lo vio todo en su mirada.

El deseo. La lucha. El dolor.

Y entonces, lo que vino después la destrozó.

Philip se apartó lentamente.

—Harriet…

No.

No.

No.

No podía ser.

Harriet sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Philip negó con la cabeza, como si decirlo le costara cada aliento de su vida.

—Perdóname.

La ilusión en los ojos de Harriet se rompió en mil pedazos.

Philip respiró hondo, como si necesitara armarse de valor para lo que iba a decirle.

—Yo, sigo comprometido con lady Evelyn Blackbox.

Harriet sintió un puñal en el pecho.

Lady Evelyn Blackbox.

El nombre retumbó en su cabeza como un eco cruel.

—No, —su voz sonó pequeña, frágil—. No puedes decirme eso después de haberme besado.

Philip cerró los ojos como si quisiera arrancarse la culpa de la piel.

—Lo sé.

Harriet sintió cómo las lágrimas empezaban a picarle los ojos.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

Philip no tenía respuesta.

Porque no había excusa para esto.

Porque, en el fondo, los dos sabían la verdad.

Philip la deseaba.

Philip sentía algo por ella.

Pero Philip también tenía un deber.

Y el deber nunca estuvo del lado del amor.

Harriet sintió que su pecho se oprimía.

Porque ahora entendía algo aún peor que su propio dolor.

Philip también estaba sufriendo.

Y eso lo hacía todo mil veces más cruel.

Se quedó en silencio, mirándolo. Memorizando cada rasgo de su rostro, cada sombra en sus ojos.

Y entonces, con toda la tristeza del mundo en su sonrisa, asintió.

—Está bien.

Philip pareció dolerle más que si ella le hubiera gritado.

—Harriet…

Pero Harriet ya no quería escucharlo.

Se alejó lentamente, sin una sola lágrima en su rostro.

Porque si lloraba ahora, ya no podría detenerse.

Harriet sintió que la herida en su pecho se ensanchaba con cada latido.

Lady Evelyn Blackbox, ese nombre retumbaba en su cabeza, pero no solo por lo que significaba para Philip, pues ella ya lo había escuchado antes. En la celda, en la conversación entre lord Campbell y aquel otro hombre.

Y entonces, algo encajó en su mente como una explosión.

Su cuerpo se tensó, su respiración se aceleró y, antes de poder detenerse, las palabras salieron de su boca sin permiso.

—¿Puedes repetir el apellido de tu prometida?

Philip frunció el ceño, claramente desconcertado por el cambio en su tono de voz.

—Blackbox —respondió lentamente.

Harriet sintió un escalofrío.

Oh, Dios.

Todo tenía sentido ahora.

Philip vio el cambio en su expresión.

—Harriet, ¿qué pasa?

Harriet levantó la vista con urgencia.

—Tu futuro suegro, es el mismo hombre que incriminó a mi hermano.

Philip se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué has dicho?

—Lord Blackbox —Harriet sintió cómo su corazón latía con fuerza, ya no por el dolor de su rechazo, sino por la rabia que la invadía—. Es el mismo hombre que se libró de la soga acusando a Harden en su lugar.

Philip pareció aturdido.

—Eso no puede ser.

—Lo escuché con mis propios oídos. Los soldados lo mencionaron en mi celda. Y también lo escuché cuando lord Campbell hablaba con otro hombre.

Philip negó con la cabeza lentamente, como si quisiera convencerse de que eso no era cierto.

—No, no puede ser. Blackbox es un hombre respetable.

—No. Blackbox es un cobarde.

Philip se quedó sin aliento.

Harriet dio un paso hacia él, con una dureza en la mirada que no tenía nada que ver con su dolor personal.

—Dime algo, Philip. —Su voz fue baja, pero afilada—. ¿Todavía crees que ese compromiso es honorable?

Philip no respondió.

Porque por primera vez, no tenía palabras, porque por primera vez, empezaba a dudar de todo lo que le habían dicho.

El compromiso.

El deber.

Su futuro.

Y Harriet lo vio en su rostro.

Vio cómo el hombre que siempre había defendido el honor y la lealtad empezaba a darse cuenta de que estaba atado a un nombre manchado de traición.

Philip desvió la mirada.

Porque, por primera vez, no estaba seguro de querer cumplir con su destino.

Philip inhaló lentamente, tratando de recuperar el aliento. Lo que Harriet acababa de decirle no podía ser cierto.

Blackbox no. El hombre que su padre había considerado un amigo no. El padre de la mujer con la que estaba comprometido no. Y mil veces no.

Philip volvió a mirar a Harriet, con una expresión seria, casi peligrosa.

—Dímelo todo.

Harriet parpadeó.

—¿Qué?

—Todo. Cada palabra que escuchaste.

Harriet respiró hondo y asintió.

—Cuando estaba en la celda, los soldados que me vigilaban hablaron sobre un prisionero que había salvado su pellejo entregando a otro hombre. No dijeron nombres en ese momento, pero cuando más tarde escuché la conversación entre lord Campbell y su hombre de confianza…

Philip apretó la mandíbula.

—Sigue.

Harriet tragó saliva.

—Campbell lo dijo claro. Blackbox estaba del lado de George Gordon. Fue parte de los disturbios, pero cuando lo atraparon, se exculpó. Dijo que Harden era el verdadero responsable.

Philip sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Y Campbell le creyó?

Harriet sonrió con frialdad.

—Por supuesto que no. O sí, no lo sé. Pero Blackbox imagino que es un hombre con influencia. Si lo ejecutaban, su familia quedaría arruinada. Y nadie en el parlamento querría tener problemas con su linaje. En cambio mi hermano no es nadie, y como sabes no pertenece a esta época.

Philip sintió náuseas.

—Así que en lugar de castigar al verdadero culpable…

—Decidieron usar a mi hermano —terminó Harriet con amargura—. Harden era un desconocido. Alguien sin título ni uniones políticas. Un sacrificio perfecto.

Philip cerró los ojos por un momento.

Blackbox no solo era un mentiroso, era un traidor.

Y lo peor de todo, Philip había estado a punto de convertirse en su yerno.

—Maldito bastardo —murmuró entre dientes.

Harriet no dijo nada.

Solo lo miró en silencio, como si esperara ver cómo procesaba la verdad.

Philip sintió que su mundo entero se tambaleaba.

Esto lo cambiaba todo. Su deber. Su compromiso. Su futuro. Porque ahora sabía que no podía casarse con Evelyn Blackbox. No cuando su familia había condenado a un hombre inocente.

No cuando…, cuando amaba a otra mujer.

Philip sintió un golpe en el pecho, porque esa era la verdad que había estado evitando todo este tiempo.

No era solo que no pudiera casarse con Evelyn.

Es que ya pertenecía a alguien más. Y ella estaba de pie justo frente a él. Pero Harriet no lo sabía. Y si lo sabía, todavía no lo creía.

Philip tragó saliva y la miró fijamente.

—Harriet.

Harriet ladeó la cabeza.

—¿Qué?

Philip quiso decir algo.

Quiso decir todo.

Pero entonces, un ruido en la distancia lo hizo reaccionar.

Y el momento se rompió. Philip soltó un suspiro agotador.

No era el momento. No ahora. Pero lo sería pronto. Porque Philip ya había tomado una decisión. No se casaría con Evelyn. Y no dejaría que Harriet se alejara de él sin luchar por ella.

El sonido de botas golpeando los adoquines se desvaneció en la distancia.

Philip no se movió de su escondite detrás del muro derruido. Tampoco Harriet.

Su respiración seguía acelerada, y Philip podía sentir cómo su pecho subía y bajaba con cada aliento entrecortado.

No se atrevió a hablar hasta que estuvo completamente seguro de que los soldados se habían ido.

—Ya ha pasado —murmuró finalmente.

Harriet le lanzó una mirada asesina.

—Eso lo dirás tú. A mí todavía me late el corazón en los oídos.

Philip sonrió levemente.

—Eso es porque estás demasiado cerca de mí.

Harriet resopló.

—Idiota.

Philip la miró con diversión.

—Admítelo, a mí también me pasa.

Harriet frunció los labios, pero no replicó.

Eso fue lo que le indicó a Philip que estaba demasiado cansada para discutir.

Y eso no le gustó en absoluto, porque Harriet siempre tenía energía para pelear.

Philip suspiró y miró a Conrad y Harden que acababan de llegar.

—Tenemos que salir de aquí antes de que vuelva la patrulla.

Conrad asintió.

—A una hora de aquí hay un refugio seguro.

Harden se tensó.

—¿Cuánto de seguro es?

—Lo suficiente para que puedas dejar de fruncir el ceño por unas horas.

Philip miró a Harriet, que seguía sin fuerzas para discutir.

Eso fue todo lo que necesitó para decidirse.

—Vamos.

Cabalgaban en absoluto silencio, con el único sonido de los cascos de los caballos contra la tierra húmeda.

Harriet no dijo una palabra.

Philip sabía que no era por enfado.

Era porque finalmente, su cuerpo y su mente estaban agotados.

Cuando llegaron al refugio, ella apenas pudo desmontar sin tambalearse.

Philip alargó una mano para ayudarla, pero Harriet lo ignoró.

Se dirigió directamente hacia la casa sin mirarlo siquiera.

Philip cerró los ojos con frustración.

La había perdido otra vez.

Pero esta vez, no iba a permitirlo.

CAPÍTULO 21

En algún punto del camino a Londres, junio de 1780

El refugio no era más que una vieja cabaña de piedra, oculta entre los árboles a las afueras de la ciudad.

Había visto tiempos mejores, pero en ese momento, para los cuatro fugitivos, era un paraíso.

Philip desmontó con más rapidez de la que su cuerpo permitía y miró de reojo a Harriet.

Se veía agotada.

Y aunque no lo diría en voz alta, él también lo estaba.

Cuando entraron, Conrad se dirigió a una alacena polvorienta y sacó una botella de whisky.

—Voy a necesitar esto —murmuró antes de servirse un vaso.

Harden se dejó caer en una silla de madera con un gruñido.

—Dios bendito, ha sido un infierno.

Philip miró a Harriet.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero no lo miró.

Philip apretó los puños.

Seguía distante.

Desde aquella conversación sobre Blackbox, había mantenido una barrera entre ellos.

Y Philip odiaba cada segundo de ello.

—Voy a dormir —dijo Harriet de repente, dirigiéndose hacia una de las habitaciones.

Philip la observó desaparecer tras la puerta, sintiendo que algo en su interior lo empujaba a seguirla.

Pero no lo hizo.

No todavía.

Conrad suspiró, estirándose en su silla.

—Será mejor que todos descansemos. Mañana tendremos que decidir qué hacer.

Harden gruñó.

—Yo ya sé qué hacer. Encontrar a Blackbox y destrozarlo.

Philip no dijo nada.

Porque, por primera vez quería hacer algo completamente diferente.

Unas horas después…

El refugio estaba sumido en la más absoluta calma.

La única luz provenía de la luna filtrándose a través de los postigos de las ventanas.

Philip no podía dormir. No podía dejar de pensar en ella. En la forma en que lo había mirado antes de alejarse. En cómo había dicho que lo amaba. En cómo él no había sido lo suficientemente valiente para responderle. Pero ahora, no podía ignorarlo más.

Philip se levantó sin hacer ruido, cruzó el pasillo y, sin pensarlo demasiado, abrió la puerta de Harriet.

Ella dormía de lado, su cabello caía extendido sobre la almohada, y su respiración era lenta y suave.

Philip sintió que su corazón se detenía.

Era la primera vez en días que la veía así de tranquila.

Y Dios, era hermosa.

Harriet parpadeó lentamente y giró el rostro, confusa por la repentina luz de la vela que él sostenía.

—¿Philip…?

Él no dijo nada.

Solo cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama.

Harriet se incorporó ligeramente, con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí?

Philip levantó una mano y rozó su mejilla.

Ella se quedó sin aliento.

—No puedo más, Harriet —murmuró convirtiendo su voz en un susurro—. No puedo seguir fingiendo.

Harriet parpadeó, desconcertada.

—Philip…

—No hables.

Y antes de que pudiera decir nada más, Philip se inclinó y la besó.

El mundo desapareció de nuevo.

Fue un beso diferente a todos los anteriores.

No había urgencia.

No había rabia contenida.

Solo una dulzura devastadora.

Philip la besó como si quisiera memorizar cada curva de su boca.

Y Harriet se rindió por completo.

Sus dedos subieron por la nuca de él, enredándose en su cabello oscuro.

Philip se estremeció.

Había querido ser cauteloso, pero Dios, ella lo hacía imposible.

Cuando Harriet lo atrajo hacia ella, Philip no pudo resistirse más.

Se tumbó sobre ella con una lentitud tortuosa, sosteniéndose sobre los codos para no aplastarla.

Harriet susurró su nombre contra su piel, y Philip supo que estaba perdido.

La besó en la mejilla.

En la sien.

En la mandíbula.

Y cuando bajó a su cuello, Harriet arqueó la espalda con un jadeo silencioso.

Philip sonrió contra su piel.

—Eres increíblemente hermosa —susurró.

Harriet sonrió suavemente, levantando una mano para acariciar su rostro.

—Philip.

Él se detuvo.

Harriet lo miró fijamente, con una emoción tan pura que le robó el aliento.

—Hazlo —susurró—. Hazme tuya.

Philip sintió que su mundo se rompía y se reconstruía en un solo segundo.

—Dios, Harriet.

Pero ya no había más palabras.

Solo sensaciones. Solo piel contra piel. Solo él y ella, finalmente unidos.

Philip se tomó su tiempo.

La tocó con el cuidado de un hombre que sabía que estaba sosteniendo algo demasiado precioso entre sus manos.

Cada beso. Cada caricia. Cada jadeo se grabó en su memoria como un tatuaje imborrable.

Y cuando finalmente se hicieron uno, Harriet se aferró a él con fuerza, como si quisiera que ese momento durara para siempre.

Philip besó su frente, su nariz, sus labios.

—Te amo —susurró contra su piel.

Harriet se congeló.

Philip sonrió con suavidad.

—Lo sé, lo sé. He sido un idiota.

Harriet rio entre dientes, mientras sus dedos recorrían su espalda.

—Un idiota muy apuesto.

Philip besó su cuello.

—Y tuyo.

Harriet cerró los ojos y sonrió.

Porque por primera vez, él se lo decía en voz alta.

Y porque sabía que, pasara lo que pasara, esa noche siempre sería suya.

CAPÍTULO 22

En algún punto del camino a Londres, junio de 1780

El amanecer trajo consigo una tranquilidad engañosa, como si el mundo entero hubiese decidido concederles un respiro después de esos días tensos que habían vivido.

Harriet despertó lentamente, envuelta en el calor de la manta y en la sutil fragancia que aún quedaba en las sábanas.

Por un momento, se permitió olvidar dónde estaba.

Por un instante, pensó que al girarse encontraría a Philip a su lado, con esa mirada intensa que parecía capaz de ver todo lo que ella intentaba ocultar.

Pero la realidad fue otra. La cama estaba vacía.

El calor de su cuerpo se había disipado, y con él, cualquier ilusión de que lo ocurrido la noche anterior hubiese cambiado algo.

Harriet se sentó despacio, frotándose los ojos mientras su corazón latía con una inquietud que no estaba dispuesta a reconocer. Sabía que tenía que salir de esa habitación, ver en sus ojos si acaso había algún indicio de arrepentimiento.

Si lo que había pasado había significado lo mismo para él que para ella.

Con un suspiro, se vistió y abandonó el dormitorio, preparándose para la incertidumbre que la aguardaba al otro lado de la puerta.

Philip estaba afuera, de pie junto a los caballos, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido en lo que parecía un intento fallido de poner sus pensamientos en orden.

Harriet se detuvo en el umbral de la puerta, observándolo sin ser vista durante un largo segundo.

Philip parecía más serio que nunca, como si la lucha interna fuera más feroz que cualquier otra en la que hubiese peleado.

Cuando finalmente levantó la vista y la vio, su expresión cambió en un segundo.

No fue una sonrisa. No fue alivio.

Fue algo más profundo. Algo que Harriet no supo interpretar del todo.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Harden apareció a su lado, con los hombros tensos y el rostro marcado por el valor de alguien que había tomado una decisión.

—He estado pensando —dijo de pronto, atrayendo la atención de todos.

Harriet giró hacia él, notando la gravedad en su tono.

—¿Sobre qué?

Harden no apartó la mirada cuando habló, pero su voz fue firme.

—Todo esto. La persecución, la acusación, el peligro en el que estamos. Se terminaría si desaparecemos.

Philip se tensó de inmediato.

—¿Desaparecer?

Harriet tardó apenas un segundo en comprender a su hermano.

—Te refieres a… regresar.

Harden asintió, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Si nos vamos, ya no habrá nadie a quien cazar. No podrán perseguirme si dejo de existir para ellos.

Philip sintió una punzada de nuevo.

Porque de pronto, la verdad era tan clara como un golpe directo en el pecho.

Si Harriet se iba, la perdería para siempre.

Harriet se quedó callada, contemplando a su hermano con incertidumbre.

—Pero…

—Podemos hacerlo en dos noches —continuó Harden—. Será luna llena. Si unimos nuestros amuletos, podremos irnos sin que nadie pueda seguirnos.

Philip sintió que su cuerpo entero se tensaba con furia contenida.

En dos noches.

Dos noches y ella desaparecería.

Para siempre.

Por primera vez en su vida, Philip sintió un miedo que no tenía nada que ver con la guerra ni con nada de lo que conocía.

Este miedo era más profundo. Más desgarrador. Era el miedo a perderla.

Sin pensarlo dos veces, dio un paso adelante y habló antes de que su mente pudiera detenerlo.

—No te vayas.

Harriet parpadeó.

—Philip…

—No te vayas —repitió otra vez.

Harden frunció el ceño.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Harriet no respondió de inmediato.

Porque no sabía qué decir.

Porque ese era el problema desde el principio.

Quería quedarse. Dios, cómo quería quedarse.

Pero no a escondidas. No como la mujer que amaba a un hombre que seguía prometido con otra.

Philip pareció leer sus pensamientos antes de que los dijera en voz alta. Porque cuando Harriet finalmente negó con la cabeza y apartó la mirada, él entendió lo que estaba diciendo.

—Eres un hombre comprometido —murmuró, casi como si odiara tener que recordárselo.

Philip sintió una punzada de frustración.

—Mi compromiso no tiene valor.

Harriet lo miró con tristeza.

—Tal vez para ti no. Pero si me quedo, seré la mujer que ama a un hombre comprometido con otra.

Philip sintió que esas palabras le quemaban por dentro. Porque tenía razón.

Y entonces, como si una decisión se formara lentamente en su interior, Philip exhaló y habló.

—Tienes razón —dijo con calma.

Harriet lo miró, sorprendida por su tono.

Philip dio un paso atrás y se giró hacia Conrad, que los observaba con los brazos cruzados y una ceja alzada.

—Necesito un caballo.

Conrad resopló, claramente divertido.

—¿Para qué?

Philip se giró hacia Harriet una última vez.

—Voy a casa de los Blackbox.

El tiempo pareció detenerse.

Harden silbó.

—Esto se va a poner interesante.

Pero Conrad no se veía impresionado.

—Vaya, el gran Philip Francis, siempre el caballero perfecto.

Philip lo ignoró.

Sabía que Conrad lo despreciaba.

Sabía que siempre había sentido que él se llevaba toda la atención mientras Conrad luchaba verdaderas batallas en el frente.

Pero en ese momento, nada de eso importaba.

Philip montó con rapidez y tomó las riendas.

Cuando miró a Harriet una última vez, su mensaje fue claro.

Iría a terminar con todo, porque ya había tomado una decisión. Y nada ni nadie lo detendría.

CAPÍTULO 23

Londres, junio de 1780

Philip llegó a la casa de los Blackbox en Londres con la seguridad de un hombre que tenía muy claro lo que iba a hacer.

O al menos, eso creía.

Lo primero que notó al llegar fue el silencio absoluto.

No había criados correteando de un lado a otro, ni el sonido de una conversación en el salón, ni rastro de Lord Blackbox ni de su querida hija Evelyn.

Cuando el mayordomo lo recibió con su típica expresión imperturbable, Philip ya supo lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Me temo, mi lord, que la familia Blackbox se ha trasladado a Bathampton.

Philip respiró hondo, contando hasta tres.

Tal vez hasta diez.

—¿Porque Bathampton es más seguro o porque no soportan estar en la ciudad sin organizar bailes?

El mayordomo ni se inmutó.

—Ambas cosas, supongo.

Philip no se molestó en disimular su irritación.

Por supuesto que mientras Londres ardía, Lord Blackbox y su gente estaban tranquilamente tomando el té en el campo.

Y ahora él tenía que recorrer medio país para decirle en persona que no tenía ninguna intención de casarse con su hija.

—Dígame dónde están exactamente. —Porque si había algo que no iba a hacer, era esperar a que la temporada social terminara para aclarar este asunto.

El mayordomo le dio la dirección con la eficiencia de un hombre que había visto muchas cosas en su vida, pero ninguna tan peculiar como un prometido cabalgando hasta otra ciudad solo para deshacer su compromiso.

Philip montó su caballo y partió de inmediato.

Esto tenía que terminar cuanto antes.

Mientras tanto, no muy lejos de donde se encontraba Philip, Harriet insistía en una única cosa.

—¿Quieres que vayamos a Londres? —preguntó Conrad, con los brazos cruzados y esa expresión de, no pienso moverme de aquí, que Harriet ya conocía bien.

—Exactamente —respondió ella, con firmeza.

Conrad resopló.

—Porque claro, Londres es un sitio tan seguro en estos momentos.

—Philip podría necesitar ayuda.

Conrad alzó una ceja.

—Sí, claro. Porque él es tan indefenso.

Harriet apretó los dientes.

—No es cuestión de si necesita ayuda o no. Es cuestión de que si va a la casa de los Blackbox a hablar con ese hombre, sería mejor que no estuviera solo.

Conrad ladeó la cabeza, mirándola con diversión.

—Ah. Así que te preocupas por Philip.

Harriet se puso rígida.

—No he dicho eso.

—No hace falta que lo digas, se nota.

Harden, que había estado escuchando la discusión sin intervenir, finalmente suspiró.

—Nos iremos en la luna llena, Harriet. No empieces a hacer planes que no incluyen regresar a casa.

Harriet sintió un nudo en la garganta.

—Tal vez yo no quiera irme.

El silencio fue demoledor.

Harden la miró como si acabara de anunciar que iba a casarse con un pirata.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Harriet se cruzó de brazos, elevando la barbilla con terquedad.

—Que tal vez… mi futuro esté aquí.

—¡Por supuesto que no lo está! —Harden se pasó una mano por el rostro, desesperado—. Harriet, él sigue comprometido.

Sí, lo sabía.

Pero eso no cambiaba lo que sentía.

Y, francamente, estaba cansada de luchar contra ello.

—Nos iremos en la luna llena —repitió Harden, con un tono que dejaba claro que no iba a discutir más.

Conrad resopló con resignación.

—Si vamos a Londres y resulta que Philip está perfectamente, te recordaré esta conversación.

—Por supuesto. Yo nunca olvido cuando tengo razón —respondió Harriet con una sonrisa dulce.

Conrad puso los ojos en blanco.

—Vayamos a Londres.

La casa de los Blackbox en Londres tenía ese aire solemne y perfectamente organizado que solo los hogares aristocráticos bien gestionados podían tener.

Pero no había ni un alma dentro.

Cuando el mayordomo los recibió, Harriet supo inmediatamente que no iba a gustarle lo que iba a decir.

—Me temo que mis señores se han trasladado a Bathampton.

Harriet parpadeó.

—¿A dónde?

El mayordomo suspiró con la paciencia de un hombre que llevaba todo el día diciendo lo mismo.

—A su residencia en el campo, en Bathampton. Consideraron que sería más prudente alejarse de Londres hasta que la situación se estabilice.

Harriet apretó los labios.

Por supuesto que sí.

Mientras la ciudad ardía, los nobles bien posicionados estaban tranquilamente en el campo,

probablemente tomando el té y organizando bailes para conseguir esposos para sus hijas.

Conrad miró a Harriet con una sonrisa socarrona.

—Qué lástima, Harriet. Parece que vinimos a Londres para nada.

Harriet ni se inmutó.

—¿Dónde está exactamente la residencia?

El mayordomo le dio la dirección a ellos de nuevo con aquella eficiencia de un hombre que claramente había visto demasiada gente aparecer en su puerta preguntando por lo mismo sobre sus señores.

Cuando salieron de la casa, Conrad dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes lo que esto significa, verdad?

—Que tenemos que ir a Bathampton —respondió Harriet sin titubear.

Conrad la miró con incredulidad.

—No, significa que tenemos que recorrer medio país detrás de Philip.

Harden bufó.

—¿Y alguien va a preguntarme si quiero hacer este viaje o no?

—No —respondió Harriet con naturalidad.

Conrad soltó una carcajada.

—Bueno, al menos eso fue honesto.

Y con eso, emprendieron el viaje a Bathampton.

Cuando llegaron, Harriet pensó que habían cruzado a otra dimensión.

Porque mientras Londres seguía sumida en el caos, en Bathampton…

Bueno, aquí la nobleza seguía con sus fiestas como si nada hubiera pasado.

Las damas se paseaban con sombrillas de encaje, ajenas a cualquier preocupación que no fuera si el lazo de su vestido combinaba con sus guantes.

Los caballeros jugaban al cróquet, charlaban sobre caballos y bebían brandy a plena luz del día.

Y Harriet quería gritar.

—Malditos aristócratas —murmuró Harden—. Londres arde y ellos juegan al cróquet.

—Es como si vivieran en una burbuja —añadió Harriet, observando la tranquilidad casi insultante de la escena.

Conrad, por su parte, parecía poco impresionado.

—Así es la nobleza. La guerra solo les importa cuando los alcanza.

Harriet cruzó los brazos, sintiendo una inquietud que no podía explicar del todo.

Era todo demasiado perfecto.

Demasiado ordenado.

Y si algo había aprendido en los últimos días, era que la calma siempre precede a la tormenta.

CAPÍTULO 24

Londres, junio de 1780

Philip había llegado a Bathampton hacía unas horas.

No había perdido el tiempo. Fue directo a la residencia de los Blackbox, dispuesto a terminar con su compromiso de una vez por todas.

Lo que no esperaba era que Evelyn estuviera tan… tranquila.

—¿Así que estás enamorado de otra mujer? —preguntó ella, con una media sonrisa mientras giraba distraídamente la cucharilla en su té.

Philip, que había esperado lágrimas o al menos una escena de histeria moderada, parpadeó confundido.

—Sí.

Evelyn dejó la cucharilla en el platillo con una elegancia impecable.

—¿De verdad pensabas que no lo sabía?

Philip abrió la boca, pero no encontró palabras.

Evelyn se rio con suavidad.

—Philip, querido, hemos estado comprometidos por conveniencia desde el principio. Tú nunca me has amado. Yo nunca te he amado. Era un acuerdo entre nuestras familias. Sabía que acabarías enamorándote de alguna mujer de verdad

Philip inclinó la cabeza.

—Pero pensé que…

—¿Que te haría una escena? —Evelyn lo miró con burla—. Por favor. Soy una Blackbox. Nos enseñan a ser prácticas desde la cuna.

Philip dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces… ¿no hay problema?

Evelyn le lanzó una mirada mordaz.

—Bueno, mi padre querrá matarte, pero yo estaré bien.

Philip no pudo evitar sonreír.

—Gracias.

Evelyn le devolvió la sonrisa y le puso una mano en el brazo.

—Espero que ella valga la pena.

Philip la miró con intensidad.

—Lo vale.

Evelyn asintió y, en un gesto más amable que apasionado, se inclinó para abrazarlo.

Philip correspondió al abrazo con gratitud.

Pero justo en ese instante…

Harriet los vio.

Harriet se detuvo en seco.

Su pecho se encogió tan fuerte y tan rápido que sintió que le faltaba el aire.

Philip estaba ahí. Con Evelyn. Abrazándola. No parecía incómodo. No parecía obligado.

Simplemente estaban juntos.

Todo su mundo se tambaleó.

La noche que habían compartido.

Las palabras pronunciadas.

Las promesas no dichas.

Nada de eso importaba, porque Philip estaba donde realmente pertenecía.

Harriet dio un paso atrás.

No quería que él la viera allí.

No quería ser testigo de algo que nunca debió haber imaginado como suyo.

Se giró rápidamente y fue directa hacia Harden.

—Nos vamos.

Harden, que no esperaba verla con la cara tan pálida, frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nos vamos de aquí. Para siempre.

Harden parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque este no es nuestro lugar. Porque nunca lo ha sido.

Harden vio algo en los ojos de su hermana que le dijo que no debía discutir.

Así que simplemente asintió.

—Bien. Nos iremos.

Harriet inhaló con fuerza y se alejó con paso firme. No iba a mirar atrás. No podía mirar atrás. Si lo hacía, se rompería en mil pedazos.

Un poco más tarde, Philip salió de la casa con el alivio de un hombre que acababa de deshacerse de una carga enorme. Finalmente, estaba libre. Finalmente, podía buscar a Harriet y decirle la verdad.

Pero entonces Conrad se materializó a su lado con su expresión más divertida.

—Bueno, hermano. La has liado.

Philip entrecerró los ojos.

—¿Qué?

Conrad se cruzó de brazos.

—Harriet te vio abrazando a Evelyn. Se ha puesto celosa. Y se ha marchado. No conocía ese gusto tuyo. Siempre te han gustado morenas.

Philip se tensó.

—¿Qué, qué estás diciendo, dónde se ha ido?

—Ah, sí. Y le ha dicho a Harden exactamente estas palabras: Vámonos de aquí para siempre.

Philip se quedó helado.

No. No. No. No.

Eso no podía estar pasando.

Philip dio un paso atrás.

—¿Dónde está?

Conrad alzó una ceja.

—¿Por qué tantas prisas?

Philip lo miró como si quisiera zarandearlo.

—Porque si se va ahora, la perderé para siempre.

Conrad soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, tranquilo. No es como si pudiera desaparecer en el aire.

Philip no sonrió.

No se rio. No hizo ningún comentario sarcástico.

Solo lo miró fijamente y dijo:

—Harriet y Harden no son de aquí.

Conrad parpadeó.

—¿Cómo que no son de aquí?

Philip respiró hondo.

—No son de esta época. Han viajado en el tiempo.

Conrad se quedó en silencio.

Luego soltó una carcajada.

—Oh, esa es buena. Ahora dime la verdadera razón por la que corres como un loco.

Philip no dijo nada, tampoco hacía falta, porque la expresión en su rostro lo decía todo.

Y Conrad, que había pasado su vida viéndolo como el hermano perfecto, el que siempre lo tenía todo bajo control, de pronto lo vio realmente asustado.

Y eso no le gustó nada.

—Dios mío. Lo dices en serio.

Philip giró sobre sus talones y comenzó a correr.

Conrad, después de un segundo de incredulidad, corrió tras él.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Demonios, espera!

Pero Philip no podía esperar, porque si Harriet se iba ahora, si desaparecía en la luna llena…, si lo dejaba sin mirar atrás, jamás volvería a verla.

Y eso era algo que no estaba dispuesto a aceptar.

CAPÍTULO 25

Londres, junio de 1780

El bosque estaba en silencio.

Ni el viento se atrevía a soplar mientras Harriet y Harden se preparaban para irse.

El amuleto de Harriet brillaba débilmente bajo la luz de la luna, reflejando el momento exacto en el que el hechizo comenzaba a cobrar vida.

Harden se lo ajustó alrededor del cuello, y a la vez sujetaba su reloj con fuerza.

Faltaban segundos. Solo unos segundos más y todo esto sería parte del pasado.

Y entonces una voz rompió la calma.

—¡Harriet!

El aire se desgarró.

Harriet sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies como cada vez que él estaba cerca.

Philip corría hacia ella, su respiración era descontrolada. Y empezaba a sentir algo que jamás antes había podido sentir.

Desesperación.

Miedo.

Amor.

—No lo hagas —suplicó, llegando hasta ella y sujetando su rostro entre sus manos—. Te amo.

Harriet se quedó sin aliento.

Philip no dudó.

No vaciló.

No se preocupó por lo que Harden pensaría, por lo que Conrad diría o por lo ridículo que podría parecer que un hombre como él estuviera rogando de esa forma. Solo había una única verdad en su universo en ese momento. Y era ella.

—Harriet, haré lo que sea necesario —continuó Philip, haciendo sonar su voz, como si cada palabra le costara el alma—. Pero no te vayas.

Harden se puso rígido.

Se acercó a Harriet y le sujetó la mano con fuerza.

—Suéltala —pidió Philip con voz ronca.

Harden negó con la cabeza.

—Su lugar está con su familia.

Harriet se estremeció.

Su familia.

Su hogar.

El siglo XVI.

Todo lo que siempre había conocido.

Pero entonces miró a Philip.

A su cabello despeinado por la carrera.

A su pecho que subía y bajaba con respiraciones entrecortadas.

A sus ojos, que la miraban como si nunca fuera a perdonarse perderla.

Y Harriet sintió que su alma se partía en dos.

Quería besarlo.

Dios, cómo quería besarlo.

La luna brilló con más intensidad.

El amuleto comenzó a calentarse contra su piel.

Harden apretó su mano con más fuerza.

—Cierra los ojos, Harriet —susurró.

Harriet no podía.

No podía dejar de mirar a Philip.

No podía ignorar la forma en que su corazón latía desbocado.

No podía negar lo que sentía.

Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

La luz de la luna se intensificó aún más.

Y en ese momento fue cuando Harden vio el amor en sus ojos. Vio el dolor. Vio que su hermana estaba a punto de destrozarse a sí misma por hacer lo correcto.

Y, con un suspiro tembloroso, soltó su mano.

—Tienes que decidir —dijo en voz baja.

Harriet se quedó congelada.

Su piel ardía, su respiración era un desastre.

Sus pies se negaban a moverse.

Philip dio un paso adelante.

—Elígeme —susurró.

Harriet sintió el tiempo detenerse.

Todo el aire se comprimió a su alrededor.

El universo esperaba su respuesta.

Y en ese segundo supo que nunca volvería a tener una elección tan difícil.

La luz de la luna brilló para anunciar que todo iba a empezar, y Harriet decidió.

CAPÍTULO 26

Londres, junio de 1780

La tierra tembló.

Las estrellas, que antes parecían fijas en su lugar, titilaron con furia como si estuvieran a punto de desmoronarse. Y entonces, el cielo se abrió.

Las nubes comenzaron a moverse, girando sobre sí mismas hasta formar una espiral enorme, un torbellino de luz que rugía sobre sus cabezas.

El viento se levantó de golpe, azotando los árboles con violencia, arrancando hojas las ramas y levantando el polvo del suelo. Haciendo que la capa de Harriet se agitara como si quisiera arrancarla de la tierra.

Philip se cubrió los ojos por un instante, pero cuando miró de nuevo, supo que esto no era una simple tormenta.

Era algo mucho más grande.

Algo que no comprendía.

Algo que estaba a punto de llevársela.

—¡Harriet, decide ahora! —gritó Harden, siendo su voz apenas audible entre el rugido del viento.

Philip volvió a mirarla.

—Quédate —le pidió y su voz se quebró.

Harriet no podía respirar.

Todo lo que había sido su mundo estaba a punto de desaparecer en cuestión de segundos.

Si cerraba los ojos, si tomaba la mano de Harden, se iría.

Todo esto… Philip, él sería un recuerdo.

Su pecho se estremeció.

El cielo giró más rápido.

La espiral se expandió, descendiendo como si fuera a tragárselos en cualquier momento.

Si no decidía en ese mismo instante, la magia elegiría por ella.

Y tal vez nunca volvería a verlo.

Philip dio un paso adelante.

Harriet sintió su corazón latir tan fuerte que dolía.

Los bordes del mundo se difuminaron. El tiempo se detuvo. Y entonces, Harriet apretó la mano de Philip.

El mundo volvió a estar en calma

Todo pasó en un parpadeo. El viento se detuvo. Las nubes se dispersaron. La luz de la luna, que antes brillaba con un resplandor imposible, se suavizó hasta recuperar su forma habitual. Y, de repente, solo quedaban ellos tres en el bosque.

Conrad cerró los ojos un segundo, respirando hondo.

Harriet miró sus propias manos, temblando por lo que acababa de hacer.

Acababa de elegir. Y no se arrepentía.

Philip aún no se movía.

Seguía ahí, de pie, mirándola como si temiera que todo esto fuera una ilusión. Como si esperara que ella desapareciera en cualquier momento.

Y, sinceramente, Harriet no podía culparlo. Porque acababa de desafiar las reglas del universo para quedarse con él.

Conrad, que había estado en completo silencio todo este tiempo, dejó escapar una carcajada ahogada.

—Vaya, ¿alguien quiere explicarme qué demonios ha sido eso?

Philip no reaccionó. No podía. Porque todavía no la había abrazado. Todavía no estaba seguro de que era real. De que verdaderamente estaba allí con él.

Así que Harriet dio el primer paso.

Cruzó la distancia entre ellos. Alzó la mano. Y la colocó sobre su pecho.

Philip inhaló bruscamente.

Era real, todo era real, no era un sueño.

Se quedó.

Y en el momento en que Philip entendió eso, no pudo esperar más.

Con una maldición apenas audible, la atrajo hacia él y la besó.

Ese beso que selló el destino, que se convirtió en puro fuego, en desesperación.

Fue todas las palabras que no habían dicho, todo el miedo, toda la tensión, todo el amor contenido en un solo instante. Philip sintió que su mundo finalmente tenía sentido.

Harriet se aferró a él como si fuera lo único sólido en el universo. Y, por primera vez en su vida, Philip Francis no pensó en nada más.

Ni en el honor.

Ni en las expectativas.

Ni en lo que era correcto o incorrecto.

Solo en ella.

Solo en el hecho de que, contra toda lógica, contra todas las reglas del tiempo, ella lo había elegido.

Cuando se separaron apenas unos milímetros, Philip apoyó la frente contra la de ella y murmuró:

—Te juro que nunca voy a dejarte ir.

Harriet sonrió.

—Más te vale.

Philip rio suavemente, y la besó de nuevo, más lento esta vez, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Porque ahora, lo tenía.

EPÍLOGO

Londres, junio de 1782

El sol de la tarde apenas calentaba los cuerpos de Harriet y Philip, los rayos cubrían los jardines de la casa de campo con una luz suave y cálida.

Harriet paseaba lentamente, con una mano sobre su vientre redondeado y la otra enlazada con la de Philip.

—Pareces muy pensativa —dijo él, mirándola de reojo.

Harriet suspiró.

—Estaba pensando en mis hermanos.

Philip sonrió con suavidad.

—Eso explica tu expresión melancólica.

Harriet le lanzó una mirada rápida.

—No estoy melancólica.

Philip alzó una ceja.

—Entonces solo llevas diez minutos suspirando por puro entretenimiento.

Harriet resopló, pero la sonrisa que asomó en sus labios la delató.

—Harden siempre intentó protegerme. Era molesto a veces, pero… —hizo una pausa—, pero daría lo que fuera por escucharlo decirme que no haga tonterías otra vez.

Philip se rio entre dientes.

—Debo admitir que sus advertencias sobre mí fueron bastante claras.

—Oh, sí. Si fuera por él, te habría tirado a un río.

Philip fingió indignación.

—Qué hombre tan encantador.

Harriet sonrió, pero su mente ya estaba en otro lado.

—Peyton siempre imaginaba grandes cosas. Era la soñadora de la familia. Y Amanda —sus dedos apretaron los de Philip con más fuerza—, Amanda era la que nos unía a todos. Siempre tan fuerte, tan decidida.

Philip no dijo nada esta vez.

Solo se quedó a su lado, caminando en silencio, dándole espacio para recordar.

Harriet los veía con claridad: Harden, con su ceño fruncido de hermano mayor protector. Peyton, con su risa fácil y sus ideas disparatadas. Amanda, con su mirada de, haz lo que quieras, pero no me hagas ir a salvarte después.

Los extrañaba tanto.

—Ojalá pudieran estar aquí —susurró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Y, como si el universo la hubiera escuchado…

El viento cambió.

Philip fue el primero en notarlo.

El aire se volvió más denso, en él había algo que no podía describir.

Las hojas de los árboles temblaron, aunque no había brisa.

Y luego, el cielo se abrió.

Harriet se quedó inmóvil.

La luz de la tarde se volvió más brillante, casi cegadora, y una espiral de nubes comenzó.

Harriet no podía creer lo que veía.

Harden, Peyton y Amanda estaban ahí, de pie frente a ella, como si nunca se hubieran ido.

El impacto le robó el aliento. No se lo pensó dos veces. Corrió hacia ellos y se lanzó a los brazos de Harden, quien la sostuvo con fuerza, murmurando un:

—Debería haberte arrastrado de vuelta conmigo. Mira lo que te ha hecho ese cretino —le dijo señalando su vientre, y mirando de reojo a Philip.

Harriet rio entre lágrimas.

Después fue el turno de Peyton, quien la rodeó con sus brazos y le susurró:

—Espero que estés preparada para responder todas mis preguntas.

Amanda fue la última. No era una mujer de grandes muestras de afecto, pero esta vez no se resistió. La apretó fuerte antes de darle un leve empujón en el hombro.

—Nos has hecho venir hasta aquí para ver si de verdad te has asentado. Espero que valga la pena cargar con esa barriga.

Harriet se rio.

—¿Cómo es posible que estéis aquí?

Los tres se miraron entre sí antes de que Peyton respondiera con una sonrisa traviesa:

—Digamos que tenemos buenas conexiones con la magia.

Fue entonces cuando Harriet notó la figura que los acompañaba.

La mujer de túnica oscura la observaba con una calma casi inquietante.

—Hemos venido solo por unas horas —dijo la hechicera, con voz suave—. Después de eso, cada uno regresará a donde ha decidido quedarse.

El corazón de Harriet se encogió un poco.

Pero no iba a malgastar el poco tiempo que tenía discutiendo en si debían o no quedarse con ella para siempre.

—Entonces vamos a aprovechar cada segundo.

La mansión de Philip se llenó de vida esa noche.

Había risas, anécdotas, conversaciones que saltaban de un tema a otro sin orden ni control.

Harden criticó el té inglés, Peyton preguntó mil cosas sobre la moda del siglo XVIII, y Amanda, con su eterna seriedad, escuchó a Philip hablar de política con una expresión de ¿y esto es divertido para ti?

Philip observaba a Harriet en silencio.

La veía reír como hacía tiempo que no lo hacía.

La veía hablar sin preocupaciones, bromear con sus hermanos, brillar con una felicidad que pocas veces había visto en ella.

Sabía que los echaría de menos.

Sabía que, cuando se fueran, volvería a sentir ese vacío en su pecho.

Pero también sabía que, esta vez, no sería doloroso.

Porque ahora no era una despedida rota, pues había podido comprobar que todos estaban bien.

Las horas pasaron demasiado rápido.

Antes de que Harriet pudiera darse cuenta, la hechicera se puso de pie.

—Es la hora.

Harriet sintió como el nudo de su garganta le apretaba con fuerza.

Uno a uno, se despidió de sus hermanos.
Peyton la abrazó como si no quisiera soltarla jamás.
—Te escribiría cartas, pero me temo que el tiempo no funciona así.
Harriet soltó una risa temblorosa.
—Siempre fuiste terrible con la caligrafía de todos modos.
Amanda le sostuvo el rostro con ambas manos y le dedicó una última mirada.
—Nos volveremos a ver. No sé cómo ni cuándo, pero estoy segura de que lo haremos.
Harden fue el último.
No dijo nada durante unos segundos.
Solo la miró.
—Vas a estar bien aquí.
No era una pregunta, era una afirmación.
Harriet asintió con lágrimas en los ojos.
—Sí.
Harden soltó un suspiro.
—Bien.
Y entonces, sin más, la hechicera levantó la mano.
El viento silbó entre los árboles.
El cielo brilló durante un instante.
Y, en un parpadeo, sus hermanos desaparecieron.
Harriet se quedó quieta un momento.
Mirando el lugar donde habían estado.
Donde habían reído, cenado, hablado de cosas sin importancia.
Philip se acercó a ella. No le dijo nada.
Solo le pasó un brazo por la cintura y la atrajo contra su pecho.
Harriet cerró los ojos y suspiró.
—Los extrañaré.
—Lo sé.
Ella apoyó la cabeza en su hombro.
Harriet sonrió, con el corazón lleno de amor y nostalgia.
Esta vez, había sido su elección.

FIN.

Libros de este autor

Cenizas en LAS HIGHLANDS

Serie sobre cuatro hermanos que viajan al pasado y allí se enfrentarán a peligrosos guerreros. Mucho amor, pasión y conflicos.

Una esposa para el BARÓN

Serie de las hermanas LAWSON que tras la muerte de sus padres deberán unirse en matrimonio por orden de su tía aunque ellas sueñen con el amor verdadero y no un compromiso arreglado.

Cómo cazar a un MARQUÉS

Hasta que Juliet no cumpla con su cometido, se tendrá que resignar a seguir viviendo con su tía Olivia Hastings, que salvo el título que le dejó su esposo al fallecer, y una mansión a la que pronto deberá decirle adiós, poco más le pertenece.

Desde niña Juliet siempre estuvo enamorada de Marcus Cavendish, el apuesto, intrépido, descarado y nada tímido hijo del marqués de Salisbury, pero ella jamás pudo captar su atención, salvo para recibir insultos por su parte y alguna que otra baya estampada en sus ropas. ¿Quizá eran demasiado niños? Probablemente, pero ahora eso ha cambiado. Ella será presentada en sociedad esta temporada, y él acaba de perder a su padre, lo que le convierte en el nuevo marqués de Salisbury. ¿Y qué busca esta temporada el nuevo marqués?
Descubre lo que una mujer es capaz de hacer por conseguir al caballero que la ignoró desde siempre.
Esta serie está compuesta de libros independientes.